

Ciencia y Cultura

# elementos

N\$ 8.00

No. 22 Vol. 3

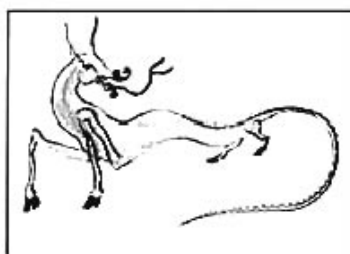
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE PUEBLA

1994

Sierra



# S·U·M·A·R·I·O



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA  
DE PUEBLA

*Rector*  
José Doger Corte

*Secretario General*  
Victor Espíndola Cabrera

*Vicerrector de Investigación y  
Estudios de Postgrado*  
Enrique Doger Guerrero

## ELEMENTOS

Revista trimestral de Ciencia  
y Cultura. No. 22, Vol 3, 1994.

*Director*  
Enrique Soto Eguibar

*Consejo Editorial*  
Beatriz Eugenia Baca  
Ma. de la Paz Elizalde González  
Enrique González Vergara  
Francisco Pellicer Graham  
Leticia Quintero Cortés  
Raúl Serrano Lizaola  
Cristóbal Tabares Muñoz  
Gerardo Torres del Castillo

*Edición y Diseño*  
Marcelo Gauchat

*Formación*  
José Emilio Salceda Ruanova

*Corrección*  
Silvia Kiezkovsky

*Portada e interiores*  
Guillermo Sienra

Redacción: 14 Sur 6301, C.U.  
Puebla, Pue., C.P. 72570

Certificados de licitud de título  
y contenido 8148 y 5770.

3

TRATADO DE LAS NINFAS, LOS SILFOS,  
LOS PIGMEOS, LAS SALAMANDRAS Y  
OTROS SERES

*Theophrastus Bombast von Hohenheim  
(Paracelso)*

13

¿PARA QUÉ LOS MONSTRUOS?

*Raúl Dorra*

21

SOBRE LOS MONSTRUOS

*Conde de Buffon*

23

EL ROSTRO DEL DIABLO

*Ligia Rivera Domínguez*

31

LA ESFINGE

*Edgar Allan Poe*

35

VIEJOS Y NUEVOS MONSTRUOS

*Julio Glockner*

43

LOS FANTASMAS DE SIEN-T'ANG

*P'u Sung-Lin*

45

¿CÓMO BAUTIZAR MONSTRUOS?

*Luisa Ruiz Moreno*

51

LA MAMAURA

*Idolina Velázquez*

53

DE LA NORMALIDAD

*E. Olluc*

57

LIBROS

57

Animales fabulosos y  
demonios

59

Retratos de diablos,  
demonios y brujerías

61

Monstruos y prodigios





**Y**a en otra obra mía conté la anécdota del pastor protestante que, al salir de la iglesia tras haber predicado un sermón sobre la bondad de Dios, fue abordado por un jorobado:

—Míreme usted a mí, señor pastor.

—Pues a mí me parece que, para ser usted un jorobado, no ha salido mal.

Si recuerdo bien, fue en una obra de Karl Julius Weber donde subrayé ese pasaje, pero volví a encontrarlo en Diderot y en otros autores. Es evidente que se trata de una anécdota ambulante dotada de un sólido núcleo.

La contestación del pastor protestante da en el clavo, pero el consuelo que aporta al interesado es escaso. Esa respuesta le estaría mejor a un anatomista, o a un pintor como Brueghel, o a un lama, que no a un clérigo de confesión cristiana.

También una incisión, un corte, puede traer la curación; a los cínicos les gusta remitirse a las cosas. El afectado queda así confrontado sin rodeos con su sino; y cada uno de nosotros arrastra consigo alguna suerte de joroba. El problema está en saber cómo arreglárselas con ella o sacar incluso ventajas de las cosas que nos abrumen. Karl Julius Weber dice: “Los jorobados sustituyen casi siempre con espíritu aquello que falta o que sobra a su cuerpo”.

Ernst Jünger, *La Tijera*, Tusquets, 1993.





# Tratado de las Ninfas, los Silfos, los Pigmeos, las Salamandras y otros seres\*

Theophrastus Bombast von Hohenheim (Paracelso)

Me propongo hablaros de las cuatro especies de seres de naturaleza espiritual, a saber: las Ninfas, los Pigmeos, los Silfos y las Salamandras; a estas cuatro especies, a decir verdad, habría que añadir los Gigantes y muchas otras. Estos seres, si bien tienen apariencia humana, no descienden de Adán; tienen un origen absolutamente diferente al del hombre y al de los animales. Sin embargo, se aparean con el hombre, y de esta unión nacen individuos de raza humana; más adelante diré por qué.

He aquí cómo he dividido este libro: en el primer tratado estudiaré la generación y la naturaleza de estos seres; en el segundo, su ambiente y su manera de ser; en el tercero, cuáles entre ellos se nos aparecen y se mezclan con nosotros; en el cuarto, los milagros que pueden hacer; en el quinto, la generación, el origen y el fin de los Gigantes.

Si bien nada impide inspirarse en los libros de otros, no lo haré —por la excelente razón de que los filósofos no han hablado de estos seres, no han proporcionado sobre ellos ninguna información; porque ellos no creen más que en lo que ven. Apenas algo se ha dicho sobre los Gigantes. Sea como fuere, está permitido tratar este asunto porque el Antiguo y el Nuevo Testamento describen ciertas maravillas que Dios opone a la razón. Entonces, si no está prohibido admitir la existencia de los diablos y de los espíritus, tampoco está prohibido estudiar su naturaleza. Examinemos pues todas las creaciones de Dios y reconozcamos que, aquí en la tierra, existen cosas inexplicables.

Para crecer en una cosa, basta con saber cuál es su finalidad. El lector podrá encontrar mi libro inútil y vano hasta que llegue al Tratado VI, en el cual expongo claramente el objeto de estos seres; cuando haya leído este tratado, se congratulará conmigo de haber estudiado por primera vez este tema y releerá atentamente mi libro. El que mira, ve.

## Tratado Primero

Hay dos especies de naturaleza: la que es de Adán y la que no lo es. La primera es palpable, es aprehensible, densa, porque está hecha de tierra. La segunda no es palpable, ni aprehensible, es ligera, porque no está formada de tierra. La naturaleza de Adán es compacta; el hombre —que está hecho de ella— no puede atravesar un muro sin antes haber practicado en él una abertura. Para el que pertenece a la otra naturaleza los muros no existen; penetra los obstáculos más densos, sin necesidad de vulnerarlos. Finalmente, tenemos una tercera naturaleza que participa de las dos.

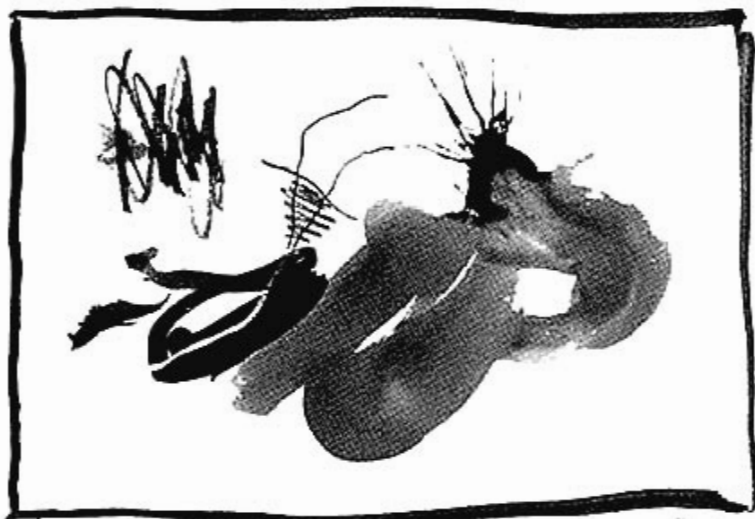
A la primera naturaleza pertenece el hombre, que está formado de sangre, carne y hueso, que engendra hijos, bebe, evacúa y habla; a la segunda pertenecen los espíritus, que no pueden hacer nada de todo esto. A la tercera, pertenecen los seres que son ligeros como los espíritus y que engendran como el hombre, tienen su aspecto y su constitución.

Esta última naturaleza participa de la del hombre y de la del espíritu sin llegar a ser naturaleza de éste o de aquél: efectivamente, los seres que le pertenecen no podrían ser clasificados entre los hombres, porque vuelan a la manera de los espíritus; tampoco podrían ser clasificados entre los espíritus

\* Extracto del volumen *Escritos alquímicos y mágicos*. Traducido del italiano por Enrique Soto, Antonella Fagetti y Gertrudis Payás de la edición de Stampa Alternativa Nuovi Equilibri SRL, 1990.

puesto que evacúan, beben, tienen carne y hueso a la manera de los hombres. El hombre tiene alma, el espíritu no la necesita, y las criaturas en cuestión no puede decirse que la tengan y, sin embargo, no son como los espíritus: éstos no mueren mientras que aquellas sí. Estas criaturas, que mueren y que carecen de alma, ¿son entonces animales? Son algo más que animales: de hecho hablan y rien, cosa que éstos no hacen. Por consiguiente, se aproximan más a los hombres que a los animales. Pero se aproximan a los hombres sin llegar a ser hombres, como el simio se nos asemeja por sus gestos y su industriosa y el cerdo por su anatomía, sin que dejen de ser simio o cerdo. Se puede decir también que son superiores a los hombres porque son inaprehensibles como los espíritus; mas conviene agregar que Cristo, que nació y murió para redimir a los seres que poseen alma y son descendientes de Adán, no redimió a estas criaturas, que no tienen alma ni descienden de Adán.

Nadie puede sorprenderse o dudar de su existencia. Sólo cabe admirarse de la variedad que Dios da a todas sus obras. Lo cierto es que a estos seres no se les ve con frecuencia; se les ve más bien raramente. Yo mismo no los he visto más que en una suerte de sueño. Pero no se puede sondear la profunda sabiduría de Dios, ni apreciar sus tesoros, ni conocer todas sus maravillas; quienes custodian estos tesoros y nos los revelan de vez en cuando no son de la naturaleza de Adán; lo repetiré en el último tratado.



Nuestras criaturas parecen seres que se les asemejan y que no se parecen a nosotros. Igual que nosotros, las hay prudentes, ricas, sabias, pobres o locas. Son la imagen burda del hombre, al igual que el hombre es la imagen burda de Dios. Son tal cual fueron concebidas por Dios que no quiere que sus criaturas puedan elevarse a un escalón superior, ni perseguir otro fin que no sea el suyo; les impide obtener un alma y prohíbe al hombre tratar de igualarlas.

Estos seres no temen ni el fuego ni el agua. Están sujetos a las enfermedades y a las indisposiciones humanas. Mueren como los animales y su carne se pudre como la carne animal. Virtuosos o viciosos, puros o impuros, mejores o peores como los hombres, tienen de ellos las costumbres, los gestos y el lenguaje; como ellos, se distinguen por sus rasgos y su aspecto; viven bajo una ley común, trabajan con sus manos, tejen sus ropas, se gobiernan con sabiduría y justicia, y en todo son razonables. Para ser hombres sólo les falta el alma. Y puesto que les falta el alma, no piensan ni en servir a Dios ni en seguir sus mandamientos; el instinto es lo único que les mueve a comportarse honestamente.

Entonces, así como entre las criaturas terrestres el hombre es quien se aproxima más a Dios, entre los animales son nuestros seres los que se aproximan más al hombre.

## Tratado Segundo

Nuestras criaturas tienen cuatro tipos de moradas: acuáticas, aéreas, terrestres e igneas. Las que habitan en el agua se llaman Ninfas, en el aire, Silfos, en la tierra, Pigmeos, y en el fuego, Salamandras. No creo que éstos sean realmente los nombres que usan entre ellos; creo que les han sido atribuidos por gente que no ha tenido relación con ellos, pero puesto que son los que usamos, los conservaré, aunque también se pueda llamar a las criaturas acuáticas Ondinas, a las aéreas, Silvestres, a las terrestres, Gnomos y a las igneas, Vulcanos. Por lo de-

más, poco importan los nombres; lo que es necesario saber es que estas cuatro especies de seres habitan lugares muy distintos; que las Ninfas, por ejemplo, no tienen relación con los Pígmicos. Así los hombres comprenden la sabiduría de Dios, que no ha dejado un solo elemento vacío o estéril.

Es sabido que existen cuatro elementos: aire, agua, tierra y fuego. Es sabido también que nosotros, los hombres, descendientes de Adán, vivimos en el aire, del cual estamos rodeados, así como los peces están rodeados de agua. Para los peces las aguas sustituyen al aire, para los hombres el aire sustituye al agua. Cada criatura está adecuada al elemento en el que está inmersa; las Ondinas, concebidas para vivir en el agua, se sorprenden de vernos vivir en el aire, al igual que nosotros nos sorprendemos de verlas vivir en el agua. Del mismo modo, los Gnomos atraviesan sin la menor dificultad la roca más densa, como nosotros atravesamos el aire, porque la tierra es su *caos*, porque este *caos* está formado de piedra y roca, como el nuestro está formado de aire.

Entre más espeso es el *caos*, más ligeros son sus habitantes, y viceversa. Los Gnomos, que habitan un *caos* espeso, son ligeros; el hombre, que habita un *caos* ligero, es espeso. Son los Silvestres quienes más se nos asemejan: viven en el aire, en el agua se ahogan, bajo la tierra sofocan, en el fuego se queman.

No os sorprendáis de todo esto. Dios demuestra que es Dios creando cosas que nosotros no podemos comprender: porque si pudiésemos comprender todo lo que ha creado, nos parecería débil y querríamos compararnos con él.

Para entender bien lo que diremos respecto a la forma de alimentarse de nuestros seres, es necesario saber que cada *caos* tiene, sobre sí, un cielo y, debajo, una tierra: nuestro *caos* tiene arriba el cielo y debajo la tierra; así el cielo y la tierra nos nutren. Los habitantes del agua, o sea, aquéllos que tienen el agua como *caos*, tienen debajo de ellos la tierra y, arriba, el cielo. Los Gnomos que tienen la tierra como *caos*, tienen debajo de ellos el agua y, encima, la superficie de la tierra, porque la tierra reposa sobre el agua;



Ondinas y Gnomos se alimentan conforme a su medio. Los Silfos que tienen el mismo *caos* que los hombres tienen la misma dieta. Nosotros tenemos el agua para aplacar nuestra sed; para aplacar la suya, estos seres tienen un agua que nos es desconocida y que no podemos ver. Ellos necesitan comer y beber, pero comen y beben lo que es alimento y bebida para ellos.

Se visten y cubren sus partes vergonzosas a su manera, no a la nuestra. Designan a sus guardias, magistrados, jefes, del mismo modo que las abejas eligen una reina, o las bestias salvajes a su guía. Dios ha ocultado las partes secretas de todos los animales, pero no lo ha hecho con estos seres que, como el hombre, deben recurrir a sus habilidades. Como a nosotros, Dios les ha dado la lana de oveja; Dios, en efecto, puede crear ovejas diferentes de aquellas que vemos; éstas pastan en el fuego, en el agua o en la tierra.

Nuestros seres duermen, descansan y velan a la manera de los hombres, tienen como ellos un sol y un firmamento. Los Gnomos ven a través de la tierra como nosotros a través del aire, perciben a través de la tierra el Sol, la Luna y las estrellas; igualmente, las Ondinas descubren el Sol a través del agua, las Salamandras lo ven fecundar y



calentar su *caos*, trayéndoles el verano, el invierno, el día, la noche. Como nosotros, padecen la peste, las fiebres, la pleuritis y otras enfermedades enviadas del cielo, porque son hombres o, mejor dicho, porque lo serán: porque hasta el día del juicio final, seguirán siendo animales.

En cuanto a su físico, es evidente que varía: las Ondinas de ambos sexos tienen aspecto humano, los Silfos son más densos, más grandes y robustos; los Gnomos, más pequeños, tienen cerca de dos palmos de altura, las Salamandras, ligeras, gráciles y delgadas. Las Ninfas habitan en los ríos, cerca de los ríos donde los humanos se lavan y bañan los caballos. Los Gnomos habitan en las montañas; por eso frecuentemente se encuentran agujeros y perforaciones del tamaño de un codo. En el Monte Etna se escuchan los gritos de las Salamandras, el ruido de sus actividades que sacuden su elemento. Es más fácil descubrir la morada de los Silvanos, se les puede ver.

Podría agregar muchas otras cosas admirables que conciernen a la moneda y las costumbres de estos seres. Lo haré cuando llegue el momento.



### Tratado Tercero

Todo lo que Dios crea termina por manifestarse al hombre. Dios le muestra alguna vez el diablo y los espíritus con el fin de convencerle de su existencia. Desde el cielo le envía también los ángeles, sus servidores. Así, pues, estos seres se nos aparecen no para estar con nosotros o unirse a nosotros, sino para que podamos conocerlos. Estas apariciones, de hecho, son raras. ¿Y por qué no deberían serlo? ¿No basta con que uno de nosotros vea un ángel para que los demás creamos en ellos?

Además, para que la prueba de su existencia sea más clara, Dios permite no solamente que las Ninfas sean vistas por ciertos hombres, sino que tengan relaciones carnales con ellos y que les nazcan hijos de ellos. Dios permite asimismo que algunos hombres no sólo vean a los Pígmicos, sino que también reciban dinero de ellos, y que otros viajen con los Silfos.

Del mismo modo que un hombre no es idéntico para dos personas, vemos a las Ninfas diferentemente de como ellas nos ven a nosotros: las Ninfas no juzgan como nosotros, porque su medio es otro, y cada quien juzga según las ideas de su medio. Las Ninfas y los Pígmicos no se dan cuenta de que pueden quedarse, amar y vivir entre nosotros porque, al ser ligeras, pueden tolerar nuestro *caos*, mientras que nosotros, al ser densos, no sabríamos soportar el suyo.

Dijimos que estos seres podrían tener relaciones carnales con los hombres y tener hijos de ellos. Estos hijos son de raza humana porque el padre, al ser hombre y descender de Adán, les da un alma que los hace iguales a él y eternos. Y creo que la hembra que recibe esta alma con el semen es, como la mujer, redimida por Cristo. Nosotros no alcanzamos el reino divino sino en la medida en que nos comunicamos con Dios. De igual modo, esta hembra no adquiere el alma hasta que no conoce un hombre. Efectivamente, el que es superior comunica su virtud al que es inferior. He ahí, entonces, una razón más de la aparición de estos seres: buscan nuestro amor para elevarse, como los paganos buscan el bautismo para adquirir alma y



renacer con Cristo.

Añadiré que no se aproximan a nosotros sólo por semejanza, como el lobo se asemeja al perro salvaje. No todos estos seres, en efecto, tienen relaciones carnales con el hombre. Las Ninfas son las que más lo hacen; después de las Ninfas, los Silfos; los Pigmeos, en cambio, no tienen relaciones de éstas con el hombre, contentándose con servirlo. Se considera generalmente a los Pigmeos y a los Etnicos como espíritus por su apariencia brillante y resplandeciente: no se piensa que su sangre y su carne sean de naturaleza luminosa. Los Pigmeos y los Etnicos son ágiles y ligeros como los espíritus, conocen el presente, el futuro y el pasado, revelan a los hombres lo que está oculto; tienen del hombre la razón sin tener su alma, tienen la ciencia y la inteligencia de los espíritus sin poseer el conocimiento de Dios que éstos tienen.

Hemos dicho que las Ninfas salen del agua para vernos, hablarnos y unirse a nosotros. Los Silfos son más burdos, no conocen nuestra lengua. Los Gnomos hablan la misma lengua que las Ninfas. Los Etnicos hablan poco. Los Silfos son más tímidos que los hombres. Los Gnomos son más peque-

ños, a menudo se los toma por llamas errantes, espíritus, almas encendidas y fantasmas. Las llamas que vuelan sobre las praderas alejándose y acercándose no son sino Gnomos. Los Vulcanos son parecidos; pero a causa de su naturaleza frecuentan poco al hombre, prefieren a las viejas y a las brujas. Por eso su cercanía es peligrosa: en ellos bulle el diablo. Además, el diablo se introduce a veces en el cuerpo de los Gnomos y de los Silfos, sobre todo en el de las hembras, y se divierte haciéndolas parir fetos leprosos, sarnosos o tiñosos.

El hombre que tenga tratos con una Ninfa, que no la importune cerca del agua; el que tenga tratos con un Pigmeo, que no lo importune cerca de sus cavernas: Ninfas y Pigmeos desaparecerían. Esta desaparición sólo se da si ambos se encuentran cerca de los elementos de la Ninfa o del Pigmeo; lejos de sus elementos, el hombre puede forzarlos siempre a permanecer a su lado. Los Gnomos, cuando acuden a nuestro llamado, nos sirven fielmente a condición de que cumplamos sus deseos. Si mantenemos nuestras promesas, ellos mantienen las suyas, nos dan dinero: tienen, en efecto, mucho dinero a su disposición, porque lo extraen y elaboran

ellos mismos. Nos lo dan con la única condición de no hacer acopio de él y de compararlo.

#### Tratado Cuarto

Dijimos que estos seres emparentan con los hombres, teniendo hijos de ellos: dijimos también que si el hombre los molestara cerca de sus elementos, ellos desaparecerían. Agreguemos que lo que le sucede a una Ninfa sucede también a su esposo: si ella se ahoga, él se ahoga también. Él cree que ha desaparecido en el agua y no sospecha que su propia vida está en peligro, que su unión con la Ninfa no se ha disuelto así como no se disuelve la unión de un hombre y una mujer porque ésta se haya fugado. Efectivamente, para que una tal unión se disuelva, se requiere el consenso de los dos esposos. Ahora bien, recordemos que la Ninfa que se ha unido a un hombre estará presente en el juicio final, porque por esta relación ha obtenido el alma: por lo tanto, es mujer, y su unión con el hombre no se disuelve sino con su consentimiento. Si el marido toma otra esposa sin su permiso, reaparece y lo mata.



Las Sirenas nadan más bien por la superficie del agua y no bajo ella; viven a la manera de los peces y, aunque no tengan aspecto de mujer, se le asemejan en parte. Son monstruos, como los monstruos que nacen de hombres y mujeres. Suponemos que las Ninfas que se reproducen entre ellas como lo hacen los humanos y generan monstruos que nadan por la superficie del agua: son las Sirenas. Estas sirenas saben cantar y tocar la flauta. Las Ninfas y los Gnomos generan además otros monstruos, los Monjes, que se asemejan a los hombres y habitan en su medio. De la misma suerte, las estrellas generan monstruos, los cometas, que no siguen el curso de ellas. Dios, como veís, crea cosas admirables.

#### Tratado Quinto

Debemos hablar de dos razas relacionadas a la de las Ninfas y los Pigmeos: los Gigantes y los Enanos. Los Gigantes y los Enanos no descienden de Adán. Es cierto que San Cristóbal fue un gigante, pero de naturaleza humana, y no se le puede ubicar entre seres cuya característica es no ser de esta naturaleza. Testimonio de esto son los Gigantes Bernense, Sigenotto, Ildebrando, Dietrico. Lo mismo diremos de los Enanos: por ejemplo, Lauriano y otros.

No ignoramos que muchas personas no creen en los Gigantes ni en los Enanos. Se contentan con decir: los Gigantes son extraordinarios y demasiado fuertes, por lo tanto, los rechazaremos y los consideraremos ilusiones.

Los Gigantes son engendrados por los Silfos, y los Enanos por los Pigmeos. Gigantes y Enanos son monstruos de los Silfos y de los Pigmeos, así como las Sirenas son monstruos de las Ninfas. He aquí por qué son raros; no obstante, se han visto suficientes para no dudar de su existencia. Son notables por su sólida constitución.

He aquí lo que debemos pensar de su alma: son hombres nacidos de animales y son monstruos: por lo tanto no tienen alma. Se diría, sin embargo, que la tienen, viendo sus buenas acciones y su amor por la verdad. Porque así como el simio imita los ges-



tos del hombre, ellos pueden actuar como el hombre.

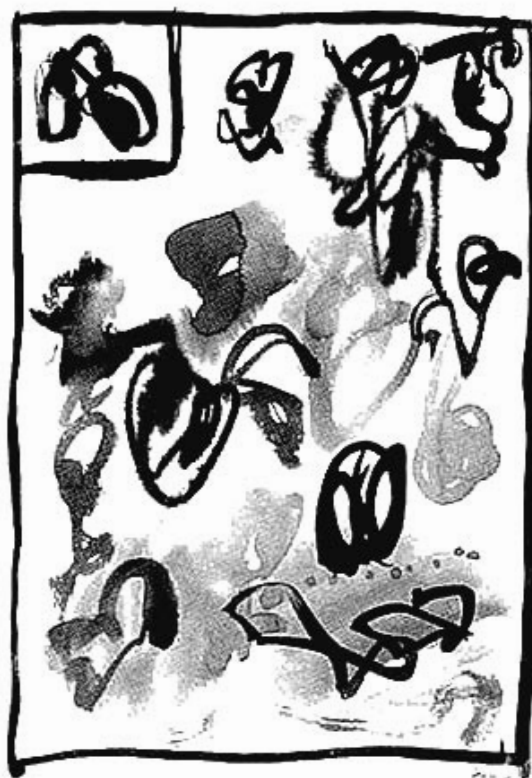
Si lo hubiese querido, Dios habría podido dar alma a estos seres, como se la dio al hombre comunicándose con él, como se la ha dado a las Ninfas desposándolas con el hombre. Pero no lo ha querido para no crear una raza semejante a la humana. A pesar de sus buenas acciones, no pienso que los Gigantes y los Enanos participen de la redención. Pero aunque no tienen la fe, son sabios a la manera de los animales.

Los Enanos nacen de los Pigmeos. He aquí porqué no tienen el tamaño de los Gigantes: los Silfos de los cuales nacen son más grandes que los Pigmeos.

Los Gigantes y los Enanos pueden tener relaciones carnales con las mujeres descendientes de Adán y satisfacerlas. No pueden tener hijos de su propia raza más que desposándose entre ellos o uniéndose al hombre: de hecho son monstruos, y no pueden engendrar entre ellos así como no pueden hacerlo los consanguíneos; por otra parte, si se unen con los hombres, el feto será de doble naturaleza, es decir, de la suya y de la del hombre, y por consiguiente el niño será de raza humana porque, teniendo por padres un ser sin alma y un ser con alma, pertenece a la raza de este último. Los Gigantes y los Enanos mueren, pues, sin descendientes, así como los cometas no engendran otros cometas ni los terremotos otros terremotos.

## Tratado Sexto

Dios ha hecho estos seres para que sean custodios de sus creaciones. Así, los Gnomos cuidan los tesoros de la tierra, metales y otros, y les impiden ver la luz antes del tiempo fijado. Porque estos tesoros, oro, plata, fierro, etcétera, no deben ser encontrados todos a la vez; deben ser distribuidos poco a poco, y no sólo a unas pocas personas, sino a todas. Las Salamandras vigilan los tesoros de las regiones igneas, los Silfos los tesoros que traen los vientos, las Ondinas los que se encuentran en el agua. Todos los tesoros son fabricados en la región ignea, bajo el cuidado de las Salamandras, para ser enseguida diseminados y conservados en otros lugares.



Las Sirenas, los Gigantes, las Manes y las Centellas (que son los monstruos engendrados por las Salamandras) fueron creados con otro fin: deben alertar a los hombres de los sucesos graves, indicarles cuando un incendio estalla, advertirles de la ruina de un reino. Los Gigantes anuncian específicamente la devastación de un país, las Manes la carestía, las Sirenas la muerte de reyes y príncipes.

La causa inicial del Universo rebasa nuestro entendimiento. Pero, a medida que el mundo se acerca a su fin, las cosas se nos manifiestan siempre más claramente; vemos su naturaleza, su utilidad. El último día todo resultará claro, todo será conocido, nada será ignorado, cada uno recibirá la recompensa por sus esfuerzos y por su amor a la verdad. Entonces no habrá médico o profesor que valga. La cizaña será separada del grano y la paja del trigo.

Entonces callará el que hoy grita. Aquel que cuenta ya el número de las páginas que tiene todavía que escribir sucumbirá bajo el peso de su obra. Entonces serán felices aquellos que en este momento intentan comprender. Y aquel día se sabrá si lo que digo es mentira.



## Paracelso

Philippus Theophrastus Bombast von Hohenheim nació en 1491 o 1493, en la aldea de Maria Einsiedeln (Nuestra Señora de los Eremitas –de donde deriva el sobrenombre de Eremita que Erasmo dará a Paracelso– en el cantón de Schwitz). Su padre, Guillermo von Hohenheim, hombre curioso de las ciencias y poseedor de una bella biblioteca, ejercía la medicina en la aldea, y, como todos, se dedicaba a la alquimia. Fue él quien dio al niño el sobrenombre de “Aureolus”.

A la edad de diez años, Aureolus se divertía delante de la casa paterna tirando la cola de un gran cerdo que, furioso, giró sobre sí y le arrancó los testículos. Tal vez de este hecho deriva el desprecio que, más tarde, Paracelso mostró hacia las mujeres.

Instruido por su padre en la alquimia y la magia, y por el famoso Tritemio, abad de Spanheim, por Scheyt, obispo de Sergach y Mateo Schlacht, Philippus vaga como los gitanos por las ciudades y aldeas, haciendo horóscopos, leyendo las líneas de la mano, vendiendo el secreto de la Piedra Filosofal, invocando a los muertos, cantando salmos, interrogando a médicos, charlatanes, verdugos, barberos, viejas y hechiceros.

Camina al azar, dice haber visitado toda Europa, haber estado en Rusia, haber sido capturado por los tártaros y conducido por ellos a Constantinopla, después de haber llegado hasta Egipto, ¡con el solo propósito de perfeccionar la ciencia hermética! Pero Theophrastus Paracelso (que así se hacía llamar: ya en esa época un médico, para destacar, debía deslumbrar a la clientela) no salió de Alemania, como se deduce de lo fantasioso de las descripciones que hace de otros países.

Permanece mucho tiempo en las minas de Bohemia, donde Segismundo Fueger de Schwartz le enseña mineralogía y metalurgia. Se enrola en el ejército con funciones de cirujano.

Los médicos temen el mercurio y el opio; él los recomienda y, además, con éxito, pues gracias a estas sustancias cura lepra, enfermedades venéreas, escabiosis, hidropesias li-



geras y dolores agudos. Exalta a Hipócrates y maldice a los árabes y a los eruditos escolásticos.

Cura a Erasmo y a Ecolampadio. Este último, en 1527, le ayuda a obtener una cátedra de profesor de medicina y filosofía en la Universidad de Basilea. En la primera clase amontona todos los libros de medicina que encuentra en el anfiteatro y los quema, gritando:

Si, yo os digo que los pelos de mi nuca saben más que vosotros y que vuestros autores; los cordones de mis zapatos son más instruidos que vuestro Galeno y que vuestro Avicena y mis barbas tienen más experiencia que vuestras universidades. ¡Seguidme pues, caminad detrás mío, seguidme todos: yo soy vuestro rey!

En 1529, gracias a su láudano, cura al noble canónigo Liechtenfessius de violentos dolores de estómago; reclama el precio convenido, 100 luises de oro, pero no logra obtenerlos y lo lleva a juicio; pierde la causa, insulta a los jueces, y se ve obligado a huir precipitadamente de la ciudad.

Continúa su vagabundeo: visita Colmar, Nuremberg, San Gallo, Ausburgo y Salzburgo, donde el 24 de septiembre de 1544, muere en el Hospital de Saint-Étienne, dejando por toda biblioteca solamente una Biblia, la Concordancia de la Biblia, el Nuevo Testamento y los Comentarios de San Jerónimo sobre los Evangelios.





# ¿Para qué los monstruos?\*

Raúl Dorra

Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades  
Universidad Autónoma de Puebla

La Edad Media –a la que, por falta de familiaridad con la historia, acostumbramos a reducir a su último periodo, el que se inicia a mediados del siglo XII– representa ante nosotros, más que un momento histórico, un estado del espíritu o una fuente de referencias para nuestra fantasía. Se trata, en efecto, del momento en que quedó establecido lo esencial de *el imaginario* del hombre moderno, o sea el depósito de símbolos que conforman la estructura profunda de su psiquismo. Las angustias, las fobias, los fantasmas del hombre medieval, como las expresiones de su folklore, produjeron imborrables imágenes con las que tomó forma su manera fuertemente emocional de ver el mundo. Cuando sobre esa tensión emocional se fue imponiendo el racionalismo del Renacimiento y de los periodos subsecuentes aquellas imágenes fueron progresivamente desplazadas a las zonas del inconsciente, o del subconsciente, desde cuya profundidad siguieron, y siguen, actuando convertidas en símbolos. Durante la Edad Media –esta Edad Media tardía– la cultura occidental realiza sus más trascendentes transformaciones en el orden simbólico. El hombre se aventura en esos grandes viajes hacia la anchura y la profundidad de lo desconocido, esos irreversibles viajes que lo acercarían a geografías fantásticas que son al mismo tiempo la geografía de su propio espíritu: su afán lo lleva a internarse por caminos que conducen a los reinos fabulosos del Oriente, a remontar ríos en cuyo inaccesible nacimiento se ubica el Paraíso Terrenal, a explorar mares de asombro acercándose al Trópico donde el hervor

de las aguas produce una niebla tan espesa que impide ver en qué momento la Tierra se termina y todo se precipita en el vacío, a visitar parajes habitados por criaturas cuyos hábitos o cuya naturaleza son un continuo enigma. Es el momento, también, en que se inicia el periplo de las literaturas en lengua vernácula y la recitación de los juglares lo interna por emociones apenas exploradas y por aquellos añorados espacios donde los héroes habían peleado sus fabulosas batallas o vivido sus trágicos amores. Tal vez más que ninguna otra, la Edad Media es la edad de los viajes: viajes por mar, viajes por tierra, viajes, sobre todo, por la fantasía. Imaginario o real, hacer un viaje significaba entonces aventurarse por un mundo pululante de criaturas maravillosas y de llamados del misterio. La Tierra se extendía siempre más allá de lo que la mirada podía alcanzar, y los textos o los relatos orales le adjudicaban formas diferentes: para unos la Tierra era cuadrada y en cada uno de sus ángulos se hallaba un ángel tocando eternamente su trompeta; para otros era un gran cuerpo esférico rodeado por las aguas, o una sucesión de círculos concéntricos ordenados por jerarquías de lo divino a lo infernal; para otros tenía la forma de una pera en cuya protuberancia se alojaba el Paraíso. La descripción que de ella hacían los teólogos se reunía con la que ensayaban los filósofos o los cosmógrafos y también los audaces marinos. Algunos pensaban que el principio ordenador del mundo era la analogía y otros que la contradicción. Había pues mundos paralelos, análogos, mundos donde todo sucedía al revés. En la región de las antipodas –es decir allá donde sólo se podía llegar atravesando un interminable túnel siempre hacia abajo o navegando durante tantos días que se

\* Comentarios al libro de Claude Kappler *Monstruos, demonios y maravillas a fines de la Edad Media*, editorial Akal, Madrid, 1986.



rodaba toda la Tierra— el mundo se reproducía como si se tratara de un espejo invertido: cada hombre de aquí tenía su réplica en otro de allá el cual se movía al mismo tiempo, pies contra pies pero cabeza abajo; en ese otro mundo el tiempo fluía en sentido inverso, la noche era el día, el invierno el verano, los ríos corrían de la desembocadura hacia la fuente. A donde quiera que se fuese nunca se terminaba de llegar y siempre se topaba con situaciones incontrolables porque la Tierra tenía muchas formas y era siempre vasta y en todos sus rincones (en la profundidad de los bosques, en la oscuridad de las aguas, en la transparencia del aire, en lo alto de los montes) había seres tan numerosos que nadie podía contarlos y tan extraños que cualquier descripción resultaba insuficiente.

El investigador Claude Kappler, motivado por la contemplación de los cuadros de Hieronymus Bosch (El Bosco), decidió em-



prender el estudio de un aspecto de la proliferante fantasía medieval: el referido a los monstruos. Su idea fue la de recuperar los parámetros mentales de los contemporáneos del pintor para quienes resultaba familiar, y perfectamente comprensible, la representación de criaturas que hoy a nosotros nos parecen brotadas de las tinieblas del inconsciente. El resultado de su investigación fue el libro *Monstres, démons et merveilles à la fin du Moyen Âge* cuya primera edición apareció en París en 1980. Ese estudio se ocupa de la cosmografía, de las relaciones de viajeros, del clima intelectual en el que circularon los relatos y las descripciones pero sobre todo trata de establecer una clasificación de los monstruos a partir de las leyes de lo imaginario, así como de definir la noción de lo monstruoso y las funciones del monstruo en la estructuración del psiquismo humano.

Hacia fines de la Edad Media el mundo estaba lleno de monstruos y no había hombre que no los hubiera topado muchas veces a lo largo de su vida. Acaso debido a la frecuencia con que las mujeres se ayuntaban con demonios, o a trastornos en el curso natural, nacían niños con cabeza de perro o con escamas en el cuerpo o con cola de puerco o de dragón. Incluso más allá de estas monstruosidades accidentales, había razas, o especies, de seres monstruosos: los que tenían el rostro en el vientre, los que tenían una sola pierna pero con el pie tan enorme que acostumbraban a usarlo para hacerse sombra a la hora del reposo, los que tenían un solo ojo en medio de la frente, los que tenían pechos de mujer y genitales masculinos, los que tenían dos cabezas una de las cuales podía ser de asno o de lagarto, los que eran mitad hombre y mitad serpiente o mitad león, los que tenían alas de murciélago, los que tenían un cuello tan largo y tan sinuoso que la cabeza ondulaba entre las ramas de los árboles, los que tenían hábito de fraile y cuerpo de becerro, en fin, los que tenían plumas y garras y unas orejas tan gigantes que con ellas barrían el suelo cuando se desplazaban sobre cuatro patas. Pero la monstruosidad no afectaba solamente a los humanos mezclándolos con otras especies naturales: también había plantas

monstruosas que parían animales, frutos gigantes en cuyo interior crecían los dragones, bestias que en lugar de ojos llevaban dos carbunclos. La proliferación era infinita. Más allá de la tierra firme, se hablaba de islas vírgenes donde acontecían toda clase de prodigios, de reinos marinos donde todo era desarreglo y perdición.

El vehículo preferido, y originalmente único, para dar a conocer a los monstruos fue el relato, la palabra. En un capítulo titulado "Lengua e Imagen", Kappler nota con curiosidad que esta situación es paradójica porque la palabra siempre se presenta a sí misma como impotente para describir la extrañeza del monstruo. Pero la misma imperfección del lenguaje es el motor de la imaginación pues si no se puede describir es necesario imaginar y es necesario, sobre todo, sentir el apremio por ver al monstruo con los propios ojos. Esto ya lo había notado el propio Cristóbal Colón: "...cuanto más será a quien lo oyere, y que nadie lo podrá creer si no lo viere", mientras que el mapamundi de Hereford mostrará la imagen visual de la Tierra no sin una leyenda en la que advierte que ahí están representadas "Todas las cosas que más vale leer que pintar"<sup>1</sup>. Lo que produce la descripción verbal es este efecto de impotencia e incredulidad que obliga a hacer un esfuerzo de imaginación. Desde luego, los monstruos también dieron abundante tema para el dibujo y el grabado pero estas imágenes se proponían ilustrar lo que las narraciones comunicaban y siempre era una ilustración a modo de ejemplo. Finalmente el monstruo llegó a ser una combinación de palabra e imagen y posteriormente el arte de los pintores alcanzó un poder de sugestión capaz en muchos casos de reemplazar a la palabra. Tal, desde luego, es el caso de El Bosco.

¿Pero qué es un monstruo? A pesar de que el común de los hombres, ante la experiencia de la monstruosidad, no se volvía sobre las definiciones teóricas, esa pregunta fue objeto de preocupación para teólogos, filósofos, viajeros y naturalistas. Las respuestas que se dieron los autores de la Antigüedad y del Medioevo fueron variadas y nunca exhaustivas porque siempre hubo más



especies de monstruos que los que una definición podía abarcar. El monstruo suele definirse en relación con una norma que resulta violada; es una deformación o un desvío del orden natural o del orden divino; es una desmesura o una carencia que violenta la armonía de los seres. Puede tratarse de un desorden físico (como los que hemos descrito) pero también de un desorden moral (la excesiva maldad, la excesiva lujuria, la carencia de todo sentimiento humano) o incluso estético (la fealdad extrema y también la turbadora belleza de efectos demoníacos).

Operando en realidad como un símbolo de la vida interior, el monstruo es el producto de una imaginación insaciable dirigida a la expresión del deseo pero sobre todo al conjuro del temor. Claude Kappler sospechó que esta imaginación, si bien desbordante, si bien prolífica, sigue leyes específicas y las figuras que produce son el resultado de cier-



tas clases de combinaciones cuyo número resulta más o menos limitado porque el monstruo es finalmente un juego de formas. De ese modo, Kappler ensayó una "tipología del monstruo" basada en la actividad de ciertos principios estructurales como: la antítesis (monstruos que hacen, o son, lo contrario de los hombres), la carencia (de partes del cuerpo, de atributos), el cambio en la relación de órganos (la duplicación o multiplicación de órganos únicos, o la reducción a la unidad de órganos múltiples), la modificación del tamaño (gigantismo, enanismo), la sustitución de un atributo habitual por otro insólito (gallinas con lana, hombres que ladran), mezcla de reinos (animal-vegetal, vegetal-humano, mineral-animal), mezcla o disociación de sexos (andróginos, islas de población exclusivamente masculina o femenina), hibridación (monstruos compuestos con partes de varios animales: sirenas, esfinges, quimeras, centauros), entre los principales. A partir de ese razonamiento de Kappler, y considerando las leyes de la creación artística, yo creo que se podría esbozar la idea de una estructuración aún más elemental. Como todo producto de la fantasía, el monstruo resulta de un juego entre la semejanza y la Diferencia puesto que la semejanza es lo que hace reconocibles a las figuras, y la diferencia es lo que le da su capacidad de significar lo desconocido. En este caso el monstruo sería un espejo del hombre (semejanza) pero un espejo que le muestra algún aspecto que, formando parte de su naturaleza, se le presenta como ajeno (diferencia) por la razón de que no lo quiere o no lo puede ver. Así, un monstruo, para serlo, debe tener un pare-



cido que nos lo aproxima y a la vez una diferencia que lo vuelve temible.

¿Cuáles son las causas de la monstruosidad? En el capítulo en el que se ocupa de la noción de monstruo Kappler comienza por recordar —no podía ser de otra manera— la célebre exposición de Aristóteles en *De la generación de los animales*. Para Aristóteles un monstruo es un fenómeno que quiebra las leyes del género pero no de la naturaleza pues un monstruo tiene causas naturales. En realidad, según Aristóteles es inevitable que la naturaleza produzca monstruos puesto que la reproducción de la vida necesita del concurso de lo masculino y de lo femenino y lo femenino es ya una primera desviación. Una mujer no es monstruo, piensa Aristóteles, pero sí una criatura imperfecta —“un hombre estéril”—, y cuando el principio femenino se impone al masculino queda abierta la puerta para la generación de monstruos. Un monstruo representa, pues, el triunfo de la Materia (lo femenino) sobre la Forma (lo masculino), triunfo del que se derivan criaturas con signos de mutilación o con exceso de órganos. Hacia fines de la Edad Antigua, San Agustín, preocupado por la posibilidad de que la generación de monstruos pueda ser atribuida a un accidente del azar o a un error divino plantea el problema en términos teológicos. Ver en el monstruo una quiebra de la armonía natural —escribe en *La ciudad de Dios*— es no ver el todo sino la parte. Los monstruos son también obra del Supremo Creador, las razas monstruosas también descienden de la pareja adánica y completan una creación que en su conjunto es bella y aleccionadora. Así, la idea de que el monstruo sale de las manos de Dios el cual, según Agustín, siempre “sabe lo que hace”, dio lugar a la hipótesis de que un monstruo es un signo o más bien una escritura que se debe descifrar. Según una cierta interpretación etimológica, la palabra *monstrum* es una derivación de *monstrare* o *monere*, lo cual significaría que el monstruo es una mostración o un aviso divino. ¿Qué signo nos hace Dios con cada monstruo que produce? A lo largo de la Edad Media, muchos teólogos y predicadores ganaron fama interpretando el mensaje representado por la apari-



ción de monstruos pero es sobre todo a fines del Medioevo cuando, según Kappler, "la interpretación de los monstruos llegó a constituir una verdadera obsesión" (p.270). Un monstruo podía anunciar una catástrofe, una venganza divina o el retorno de la paz. Claude Kappler cita la interpretación, hecha por Sebastian Brandt, del nacimiento –ocurrido en Worms en 1495– de dos niños que compartían un mismo cerebro, acontecimiento monstruoso al que Brandt dedica un poema en el que pasa revista a otros prodigios similares ocurridos en la Antigüedad y en la historia reciente de la propia Alemania cuando, en tiempos de Otón III, nació un niño con dos cabezas para amonestar sobre la infausta división del Imperio Alemán: ahora, según Brandt, se trata de un anuncio fausto: Maximiliano ha convocado a los príncipes para restaurar la unidad del Imperio, y Dios, para mostrar su aprobación ha enviado a la misma ciudad donde se había firmado la paz –esto es, Worms– un niño con dos cuerpos pero un solo cerebro como una representación simbólica de la lograda unidad.

Es claro que no siempre la lectura del monstruo era inequívoca; también podía ser ambigua y hasta reversible. Lutero, que había utilizado frecuentemente este tipo de procedimientos en su lucha contra el papado, interpretó el nacimiento de un fraile-becerro –ocurrido en Friberg am Misne en 1528– como un presagio del descenso de la ira divina sobre la Iglesia corrompida. Algunos años más tarde, sin embargo, el obispo Sorbin interpretaría el mismo fenómeno como un presagio de que Lutero "sería transformado de fraile en becerro" cosa que, según el Obispo, acababa de ocurrir.

Así, el nacimiento del monstruo podía tener como causa a la naturaleza o a Dios. Pero en la Edad Media, y sobre todo a fines, los hombres temían que hubieran causas más oscuras o más amenazantes: la intervención del demonio, el desarreglo de la conducta (sobre todo de la conducta sexual), el accidente o la violencia. Las explicaciones eran, pues, variadas, y resultaba difícil excluir unas y preferir otras. En 1573, Ambroise Paré, un naturalista cuya mentalidad era estrictamente medieval, publicó el tratado *Des Mons-*



*tres et Prodiges* en cuyo primer capítulo trata de resumir el conjunto de las causas a las que puede atribuirse la generación de criaturas monstruosas:

Las causas de los monstruos son varias. La primera es la gloria de Dios. La segunda es su ira. La tercera, la cantidad excesiva de semen. La cuarta, la cantidad muy escasa de semen. La quinta, la imaginación. La sexta, la angostura o estrechez de la matriz. La séptima, la posición indecente de la madre que cuando está embarazada se sienta por mucho tiempo con las piernas cruzadas o apretadas contra el vientre. La octava, por golpes dados en el vientre de la madre cuando está embarazada. La novena, por enfermedades hereditarias o accidentales. La décima, por podredumbre o corrupción del semen. La onceava, por mixtura o mezcla de semen. La doceava, por artificio de los perversos bigardos. La treceava, por los demonios o diablos (p.256).

Esta prolija enumeración de causas, que puede parecer el fruto de una imaginación surrealista, tiende a poner el acento sobre la sexualidad, y en especial sobre la participación femenina, lo cual nos lleva a otro aspecto, característico de la cultura medieval, que no hemos considerado todavía: la misoginia.

La mujer, a la que el *Diccionario de los Inquisidores* califica de *malae bestiae*<sup>2</sup>, es en realidad, con la mayor frecuencia, el origen de los monstruos, o el monstruo mismo, por su tendencia, ciertamente incorregible, a tener tratos sexuales con los demonios y

porque en ellas se verifica el poder más característico del monstruo: la insaciable capacidad de devorar. El *Malleus Maleficarum* (*El Martillo de las Brujas*), texto que sirvió como manual para los inquisidores, hace sobre el tema la siguiente relación:

Muchos afirman haber constatado u oído de testigos dignos de fe lo que aquí se afirma: silvanos y faunos, llamados vulgarmente incubos, se presentan con impudor ante las mujeres, las desean y consuman la unión con ellas (p. 261).

El incubo es el diablo que toma figura de varón para tener trato carnal con las mujeres. Algunos, citando fuentes bíblicas, se inclinan a pensar que es de esa unión maldita de donde nacen los monstruos pues el demonio suele engendrar en las mujeres criaturas deformes: gigantes o niños sin cabeza o con un solo pie o con pie de caballo. Otros, interpretando de distinto modo las mismas fuentes, sostienen que los demonios son incapaces de engendrar y por ello recorren el mundo haciendo acopio de semen de varias procedencias para que esa mezcla, depositada en la vagina de las mujeres, sea el origen de monstruos de diversas especies. Así el demonio, actuando primero como hembra (súcubo, el que yace abajo) recoge el semen de los hombres, lo mezcla, lo conserva y luego "transformado en incubo de una mujer" lo deposita para ser causa de infinitas desgracias.

Y así llegamos a lo que, al menos para nosotros, acostumbrados a las racionaliza-

ciones del psicoanálisis, sería la más profunda causa de los engendros monstruosos. Habiéndose inspirado en la contemplación de los cuadros de El Bosco para realizar su investigación, era lógico que Claude Kappler pensara, de partida, en el origen oscuramente sexual de aquellas fantasías. ¿Quién no ha sentido lo mismo ante las criaturas representadas en *El jardín de las delicias* o en *Las tentaciones de San Antonio*? En su último capítulo -"Las funciones del monstruo en el alma humana"- Kappler se dedica a pensar en el simbolismo sexual de la imaginación productora de monstruos. Acaso -como él mismo no deja de sugerirlo- ésta no sea toda la explicación pero sí gran parte de ella. El monstruo, según Kappler, "es un ejemplo de funcionamiento simbólico del psiquismo" (p.319), funcionamiento prolongado en los sueños, en las fantasías artísticas, en los dibujos o delirios de los enfermos mentales, en la imaginación infantil, etc. Una de las obsesiones de la cultura medieval fue la Lujuria, ese pecado que era como un siniestro centro desde el que perpetuamente se proyectaban los temores más oscuros y los más oscuros deseos. Dado que se trata de una cultura misógina, es decir de una cultura que expresa un punto de vista exclusivamente masculino, se puede pensar que las figuras monstruosas tendían a expresar el temor de los hombres a perderse en los abismos del deseo. Todo erotismo es la experiencia de una pérdida, el llamado de una profundidad ardiente y peligrosa, un "jardín de delicias" donde espera la muerte. Esta cultura (como otras) quiso ver en la mujer esa fuente de delicias mortales. Así, la mujer fue un "monstruo concupiscente" cuyo poder de atracción era tan fuerte como su actividad destructora. Diversas leyendas atribuían a las damas la capacidad de repetir infinitamente el acto sexual y sabemos cuán profundamente temen los hombres sentirse extenuados ante una hembra invicta. En la zona más oscura de su vientre las mujeres tenían un zocavón por donde se entraba al infierno, una boca insaciable que succionaba la virilidad hasta dejarla exhausta, una vulva provista de filos (*vagina dentata*) que era capaz de seccionar el miembro y apropiárselo. El



peligro de la castración, la posibilidad de un definitivo anonadamiento de la virilidad por el "acto venéreo", lo plausible de un descontrol por el que el hombre, en lugar del placer, se encontrara sometido a transformaciones monstruosas preocupaba no sólo al común de los varones sino también a los varones estudiosos y a las autoridades civiles y eclesiásticas. En la bula *Summis desiderantes*—promulgada en 1484—, el papa Inocencio VIII alertó sobre los siete métodos usados por las brujas "para infectar mágicamente el acto venéreo y el feto concebido":

Primero, llevando el espíritu de los hombres a un amor desordenado; segundo, impidiendo su poder de procreación; tercero, escamoteando el miembro propio para el acto; cuarto, transformando mágicamente a los hombres en animales varios; quinto, impidiendo la fecundidad de la mujer; sexto, provocando abortos; séptimo, ofreciendo los niños a los demonios (p.305).

La idea de que las brujas (las que son por excelencia representantes de la Mujer Fomicadora) solían quedarse con el pene de los hombres es analizada en el *Martillo de las Brujas* a lo largo de una sección que se ocupa de describir "Cómo las brujas saben hacer desaparecer el miembro viril de los hombres" y cuáles son los "Remedios para los hombres que por maleficio son privados de su miembro viril". El autor del tratado no deja allí de recoger testimonios al respecto así como de comentar lo que con el producto de estas arteras sustracciones suelen hacer la brujas, quienes

a veces reúnen gran número (veinte o treinta) de miembros viriles y los esconden en los nidos de los pájaros o los guardan en cajas, y los tratan como si estuvieran vivos, dándoles de comer avena y otras cosas, según algunos lo han visto y es opinión establecida (p.307).

Fácil resulta imaginar que estos falos autónomos y bien alimentados se convertirán en verdaderas máquinas procreadoras de monstruos. Esta fantasía conduce a otra que también recuerda Kappler en su obra: la

madre fálica, es decir, el hermafrodita de grandes pechos y de pene erguido, figura en la que se consuma la idea de que la mujer suele quedarse con el miembro de los hombres. Incluso yendo más allá, esta obra reproduce un grabado, realizado hacia la mitad del siglo XIV, que representa una mujer que en lugar de sexo tiene una cabeza de perro con grandes dientes y con la lengua afuera, cabeza que se prolonga en un cuerpo de serpiente a cuyo extremo se ve otra cabeza mordedora. Parece que no hay forma más elocuente de exponer el temor a la mujer—el temor, creo yo, a la propia virilidad— que este grabado.

Así, al menos en gran parte, la generación de criaturas monstruosas podría explicarse como un simbolismo del temor masculino. Yo agregaría, con afán de generalizar esta interpretación, una modesta conjetura: los monstruos—figuras donde una criatura reconocible se vuelve irreconocible y amenazante—tal vez representan el estado de zozobra que produce en el espíritu la certeza de que en lo familiar acecha lo desconocido; esta certeza fue una experiencia característica del fin de la Edad Media europea, cuando el hombre advirtió que la Tierra se extendía mucho más allá de lo que abarcaba su mundo, y cuando supo que su alma, y aun su propio cuerpo, tan cercanos a él, estaban sin embargo gobernados por impulsos ajenos a su control; este estado de tensión entre lo familiar y lo desconocido se hizo particularmente agudo en el dominio de la sexualidad pues la sexualidad es lo más íntimo y también lo que menos podemos o queremos conocer. Los monstruos, entonces, estaban ahí para indicar esa zona de conflicto. ¿Estaban? ¿Es que acaso se fueron?

## Notas

<sup>1</sup> Todas las citas de este comentario, salvo la referida al *Diccionario de los Inquisidores*, están tomadas del propio libro de Kappler.

<sup>2</sup> *Le Dictionnaire des Inquisiteurs*, edición y traducción de Louis Sala-Molins, Galilée, París, 1981. Ver entrada: "femme".





# Sobre los monstruos\*

Conde de Buffon

Intendente del Real Gabinete, y del Jardín Botánico del Rey Cristianísimo,  
y Miembro de las Academias Francesa, y de las Ciencias

Las variedades, tanto específicas como individuales, en la especie humana, se pudieran añadir las monstruosidades; nosotros tratamos de los hechos ordinarios de la Naturaleza, y no de los accidentes. Sin embargo, debemos decir que todos los monstruos posibles se pueden reducir á tres clases: la primera es la de los monstruos *por exceso*; la segunda, de los monstruos *por defecto*; y la tercera, de los que son *por la inversión ó falsa posición de las partes*. Del gran número de ejemplos que se han recogido de los diferentes monstruos de la especie humana, solo pondremos aquí un ejemplo de cada una de estas tres clases.

En la primera, que comprende todos los monstruos *por exceso*, los mas maravillosos son los que tiene duplicado cuerpo, y forman dos personas. El 26 de Octubre de 1701, nacieron en Tzoni, en Hungría, dos muchachas unidas por la cintura, las cuales vivieron veinte y un años: de edad de siete, las condujeron á Holanda, á Inglaterra, á Francia, á Italia, á Rusia, y á casi toda la Europa; y a los nueve años, un buen Sacerdote las compró para ponerlas en un Convento de Petersburgo, donde permanecieron hasta la edad de veinte y un años; esto es, hasta su fallecimiento, que acació en 23 de Febrero de 1723. El Sr. Justo Juan Tortos, Doctor en Medicina, dió á la Sociedad Real de Londres, el 3 de Julio de 1757, una Descripción individual de estas gemelas, la qual habia encontrado entre los papeles de su suegro, Carlos Rayger, que era el Cirujano ordinario del Convento en que vivían.

\* Tomado de *Historia Natural, General y Particular*, Tomo V, segunda edición, editado por la Viuda de Don Joaquín Ibarra, Madrid, 1796, pp. 324-330. En el texto se ha respetado la ortografía de la traducción original.

Una de estas gemelas se llamaba Helena, y la otra Judit. Al tiempo de nacer, Helena se presentó hasta la region umbilical: tres horas despues la sacaron las piernas, y con ella salió Judit. Helena llegó á tener una buena estatura, y era muy derecha: Judit, un poco mas pequeña y algo corcovada. Estaban unidas por la cintura, y, para mirarse, lo único que podían volver era la cabeza. No tenían mas que un ano común; y viendo á cada una de ellas de frente, quando estaban paradas, no se notaba que en nada se diferenciase de las demas Mujeres. Como el ano era común, lo era también la necesidad de ir á desahogar el vientre; pero para el paso de las aguas no sucedía así, pues cada una tenía sus urgencias particulares, y esto daba motivo á que hubiese entre ellas frecuentes disputas, pues quando la mas débil tenía necesidad de detenerse, y la mas robusta no quería, ésta se llevaba consigo á la otra á pesar suyo: para todo lo demas estaban acordes, pues parecia se amaban tiernamente. A los seis años se puso Judit paralítica del lado izquierdo, y aunque con el tiempo pareció estar curada, siempre la quedó una impresión de aquella dolencia, y el entendimiento débil y torpe. Por el contrario, Helena era hermosa, alegre y dotada de entendimiento y viveza. En unos mismos tiempos tuvieron ambas las viruelas y el Sarampion; pero las demas enfermedades ó indisposiciones las sobrevenían separadamente, porque Judit era propensa á tos y á calenturas, en lugar de que Helena gozaba de salud robusta. A los diez y seis años tuvieron casi á un mismo tiempo sus evacuaciones periódicas, las quales continuaron manifestándose separadamente en cada una. Acercándose ya á los veinte y dos años sobrevino una calentura á Judit, la qual se alzó y falleció el 23 de Febre-

ro. La pobre Helena hubo de seguir la suerte de su hermana; y tres minutos ántes del fallecimiento de Judit empezó á agonizar, y murió casi al mismo tiempo. Habiéndolas disecado, se halló que tenían cada una sus entrañas muy enteras, y también que cada una tenía para los excrementos un conducto separado, el qual, sin embargo, iba á parar al mismo ano<sup>1</sup>.

Los monstruos *por defecto* son ménos comunes que los monstruos *por exceso*, y no podemos dar de ellos exemplo mas notable que el de la muchacha que hemos hecho representar, copiada de una cabeza de cera hecha por Mr. le Biheron, cuyo singular talento para dibuxar y representar asuntos anatómicos es muy conocido. Esta cabeza pertenece á Mr. Dubourg, hábil Naturalista y Médico de la Facultad de Paris, y fué modelada por una niña que nació viva en el mes de Octubre de 1766, y solo vivió algunas horas. No daré su descripción circunstanciada, porque se insertó en los diarios de aquel año, y particularmente en *El Mercurio* de Francia.

Finalmente, en la tercer clase que contiene los monstruos *por inversión ó falsa posición de las partes* los exemplos son aún mas raros á causa de ser monstruosidad interior, y no descubrirse sino quando se disecan los cadáveres.

Mr. Mery hizo en 1688, en el Hospital Real de los Inválidos de Paris, la disección del cadáver de un Soldado de setenta y dos años de edad, y halló en él situadas en sentido inverso todas las partes internas del pecho y del vientre inferior: las que en el orden comun de la Naturaleza ocupan el lado derecho, estaban situadas en el izquierdo, y las del izquierdo en el derecho: el corazón estaba colocado transversalmente en el pecho, de suerte que su basa, vuelta al lado izquierdo, ocupaba exáctamente el medio, y todo su cuerpo y su punta se avanzaban al lado derecho. La grande aurícula y la vena cava estaban colocadas al lado izquierdo, y esta última ocupaba también el mismo lado en el vientre inferior hasta el hueso sacro. El pulmón derecho solamente estaba dividido en dos lóbulos, y el izquierdo en tres.

El hígado se hallaba colocado en el lado

izquierdo del estómago, y su gran lóbulo ocupaba enteramente el hipocondrio del mismo lado. El vaso estaba puesto en el hipocondrio derecho, y el páncreas se dirigía transversalmente de derecha á izquierda al duodeno<sup>2</sup>.

Mr. Winslow cita otros dos exemplos de igual transposición de entrañas: la primera observada en 1650, y referida por Riolo<sup>3</sup>; y la segunda observada en 1657 en el cadáver del Señor Andran, Comisario del Regimiento de Guardias en Paris<sup>4</sup>. Estas inversiones ó transposiciones son quizá mas frecuentes de lo que se imagina; pero como son interiores, no se pueden conocer sino por casualidad. Yo pienso, sin embargo, que existen en lo exterior algunas indicaciones: por exemplo, los Hombres que naturalmente prefieren el uso de la mano izquierda al de la derecha, pueden muy bien tener las entrañas inversas, ó á lo ménos el pulmón izquierdo mayor, y compuesto de mas lóbulos que el pulmón derecho, respecto á que la mayor extensión y la superioridad de fuerza del pulmón derecho es la causa de que nos sirvamos de la mano, brazo y pierna derechos con preferencia á la pierna y mano izquierdos.

Concluirémos observando que algunos Anatómicos preocupados del Sistema de las semillas preexistentes, han creído de buena fé que había también semillas monstruosas preexistentes como las demas semillas, y que Dios había criado desde el principio estas semillas monstruosas; pero, ¿no es esto añadir un absurdo ridículo, é indigno del Criador, á un Sistema mal imaginado, el qual hemos refutado suficientemente en el tomo III, y que si se examina, no puede ser adoptado ni sostenido?

## Referencias

<sup>1</sup> Linn. *Syst. Nat.* edición Alemana, tomo I.

<sup>2</sup> *Memoires de l'Academie des Sciences*, año 1733, pág. 374 y 375.

<sup>3</sup> *Disquisitio de transpositione partium naturalium et vitalium in corpore humano*.

<sup>4</sup> *Journal de Dom Pierre de Saint-Romual*, Paris, 1661.

# El rostro del diablo

Ligia Rivera Domínguez  
Instituto de Ciencias  
Universidad Autónoma de Puebla

*...los ojos son como la estrella matutina. De su boca salen lámparas ardientes, y hogares de fuego. El humo de un horno ardiente con los fuegos de carbones salen de sus narices. Su aliento es como carbones y de su boca salen llamas...*

Job

La conformación de la imagen del Diablo, así como de otros personajes sobrenaturales, obedece a un impulso humano por dar respuesta a problemas de conocimiento difícilmente comprensibles. Dado que la naturaleza humana tiende a crear concepciones religiosas o a vivir en relación con lo sagrado, la formulación de sistemas de representación cuyos dogmas giran en torno a divinidades y demonios no es extraña. Especialmente las religiones más avanzadas y complejas dirigen sus cultos hacia dioses, entidades personificadas, y no a poderes impersonales (como el totemismo, el culto a la naturaleza o a los antepasados). Las nociones cosmogónicas del hombre antiguo se nutren de diversas fuentes: la vida y sus concepciones sobre el espacio y el tiempo. Todo ello tiende a privilegiar una idea dramática de la naturaleza en la que cohabitan lo divino con lo demoníaco, el bien y el mal, el orden y el caos, elementos siempre en oposición.

El concepto de Dios —así como el de demonios y otros seres fantasmagóricos— se compone de ideas eminentemente racionales; no obstante, también se expresa lo irracional. Con frecuencia el poder *tremendum* y aterrador de Dios sobrepasa los sentimientos de temor que provoca la figura del mal. La imagen del Dios justo de los primeros tiempos del cristianismo, el Demiurgo, nada tiene que ver con el Dios de bondad y perdón actual.

En algunas religiones la misma deidad es autora de todo, sea bueno, sea malo; pero en otras creencias son dos personajes autónomos e irreconciliables, como en el cristianismo. Esta religión se distingue porque posee una teodicea dualista: dos entidades diferentes se adjudican la responsabilidad del bien y el mal del cosmos. Dios, representante del bien, posee un sinfín de cualidades, en tanto que al Diablo, su adversario, se le imputa el mal moral. Por ello, es incoherente argumentar un cristianismo que excluya la figura del Diablo,<sup>1</sup> aun cuando existe un punto de tensión entre su reconocido monoteísmo y el dualismo evidente en que se asienta. El origen del dualismo, la asignación de potestad entre Dios y Satanás, puede relacionarse con el sistema de bandos y linajes característico de la Edad Media, según el cual la sociedad estaba fraccionada en dos porciones en pugna constante, que comprendían todas las actividades de la vida cotidiana.<sup>2</sup>

La personalidad del Diablo resulta atractiva porque se ha conformado durante siglos y a ella no sólo ha contribuido el imaginario popular, sino también algunos teólogos del cristianismo. Su figura es notable porque simboliza la rebelión total, la transgresión de normas y autoridades establecidas, se asocia con una sexualidad exacerbada y con el disfrute sin freno de todos los placeres de la carne.

Jules Michelet en su libro *La bruja* define románticamente al Diablo como “el gran



siervo en rebelión", especie de divinidad natural que "hace germinar a las plantas" después que "encontró a la naturaleza postrada, arrojada por la Iglesia como un niño sucio, y la recogió y la recibió entre sus brazos... detenta todos los secretos de la naturaleza que turban el sueño de los hombres".<sup>3</sup>

Pero más allá de los juicios indulgentes de Michelet, la personalidad del Diablo es, en cierta medida, distinta y más compleja.

El Diablo es lo que se ha pensado que es: la personificación del principio del mal. Quiere el mal y lo dirige.

Paulatinamente la idea del Diablo se fue haciendo más complicada, dejó de ser sólo el tentador, el rebelde, para convertirse en encarnación del espíritu del mal. Se transformó en un personaje poderoso, immanente, fuerte. Surgió como una figura heroica y simbolizó el desafío, la transgresión, la oposición a la Iglesia;<sup>4</sup> además, ofreció auxilio en este mundo y no en el más allá, como Cristo.

Por otro lado, es un oponente natural y eterno de Dios, su enemigo principal, obstructor de su voluntad. Posee un *hábitat* peculiar, el submundo, y se escolta de una legión de seguidores a quienes dirige: diablos, demonios, espíritus, incubos y súcubos. De alguna manera todos los seres espantables y sobrenaturales forman parte de su séquito o

al menos están relacionados con él.

Con el triunfo del cristianismo en Europa, las religiones paganas anteriores se transformaron, de tal suerte que se volvieron una pura representación del mal; incluso al Diablo lo auxilian todos los personajes de orden secundario de religiones de la Antigüedad, como las harpías y las sirenas, centauros, gigantes monstruosos y los endriagos o sierpes terroríficas.<sup>5</sup>

El núcleo doctrinario del cristianismo fija que el trabajo del Diablo en la Tierra consiste en orientar el libre albedrío del hombre hacia el ejercicio constante del pecado e impedir la labor de Dios.<sup>6</sup> Incita a cometer diversas transgresiones, provoca deseos sexuales entre los que se incluyen prácticas ortodoxas y desviadas —sodomía, bestialismo. En síntesis, es el amo de la materia y la carne. Vive en las tinieblas y la oscuridad, y por ello es el Señor de la noche. Provoca todo tipo de enfermedades (especialmente las mentales) y la muerte.

En todas las lenguas su designación es masculina.

En relación a su imagen resulta complicado rastrear su origen. Su figura es polimorfa, ubicua y muchas creencias contribuyeron a crearla. Es un ser misterioso y de mil caras. Influyeron en él desde las primeras divinidades de la prehistoria, los dioses del mundo clásico y de otras culturas hasta las ideas de los propios Padres de la Iglesia, el hombre de la Edad Media y, especialmente, los demonólogos de los siglos XV a XVII.

### El rostro del Diablo

Participó en la formación del estereotipo del Diablo la divinidad griega Hades y demás dioses clásicos que habitaban el submundo;<sup>7</sup> Loki, dios escandinavo; Seth, divinidad egipcia; Siva, el destructor de la India; los djinn de oriente, los devas persas y otros espíritus maléficos de distintas religiones.<sup>8</sup>

La fusión de tantas divinidades es posible gracias a que para la Iglesia Católica todos los dioses de otras creencias eran malos y, en consecuencia, demoniacos. Es así que los dioses de las antiguas religiones se convirtieron en los demonios de las nuevas



creencias, especialmente en situaciones de guerra o dominio.<sup>9</sup>

El Antiguo Testamento hace pocas referencias al Diablo. En el *Génesis* se alude a la serpiente como la seductora de Eva en el Edén; es quien incita a transgredir las determinaciones de Dios, pero en el texto no se relaciona a la serpiente con Satanás, más bien parece cómplice de Eva. Esto sugiere que los primeros cristianos fueron quienes desarrollaron la idea: a partir de Adán y Eva la humanidad se encuentra en poder del Diablo y en estado de pecado.<sup>10</sup>

En el Nuevo Testamento ya aparecen alusiones concretas a la contienda entre Dios y el Diablo, especialmente en los *Evangelios*, los *Hechos de los Apóstoles*, la *Epístola de San Pablo* y *El Apocalipsis*.

El Nuevo Testamento precisa el estereotipo del Diablo como oponente, seductor y tentador, impide la labor de Cristo y la redención de los pecados de la humanidad. Es en este momento cuando se plantea una relación de interdependencia entre Cristo y Satanás. El mundo se escinde en dos reinos: el de Cristo, espacio de bondad y bienaventuranza, el lugar de la luz y el reino del Diablo, sitio donde imperan los poderes de las tinieblas y la maldad. Ambos inician una contienda que durará siglos por impedir que el adversario logre imponer su dominio en el reino del otro.

Las aportaciones del Nuevo Testamento a la representación del Diablo y al núcleo doctrinario del cristianismo se incrementaron con los dogmas de la caída, del pecado original y la redención del hombre por la crucifixión.

Ya en los primeros siglos de nuestra era se lleva a cabo la interrelación entre la serpiente, que incita a Eva al pecado, y el Diablo. En el siglo I la serpiente constituirá una de las primeras imágenes de Satanás. Al paso del tiempo, otros animales serán estigmatizados también como representación del mal.

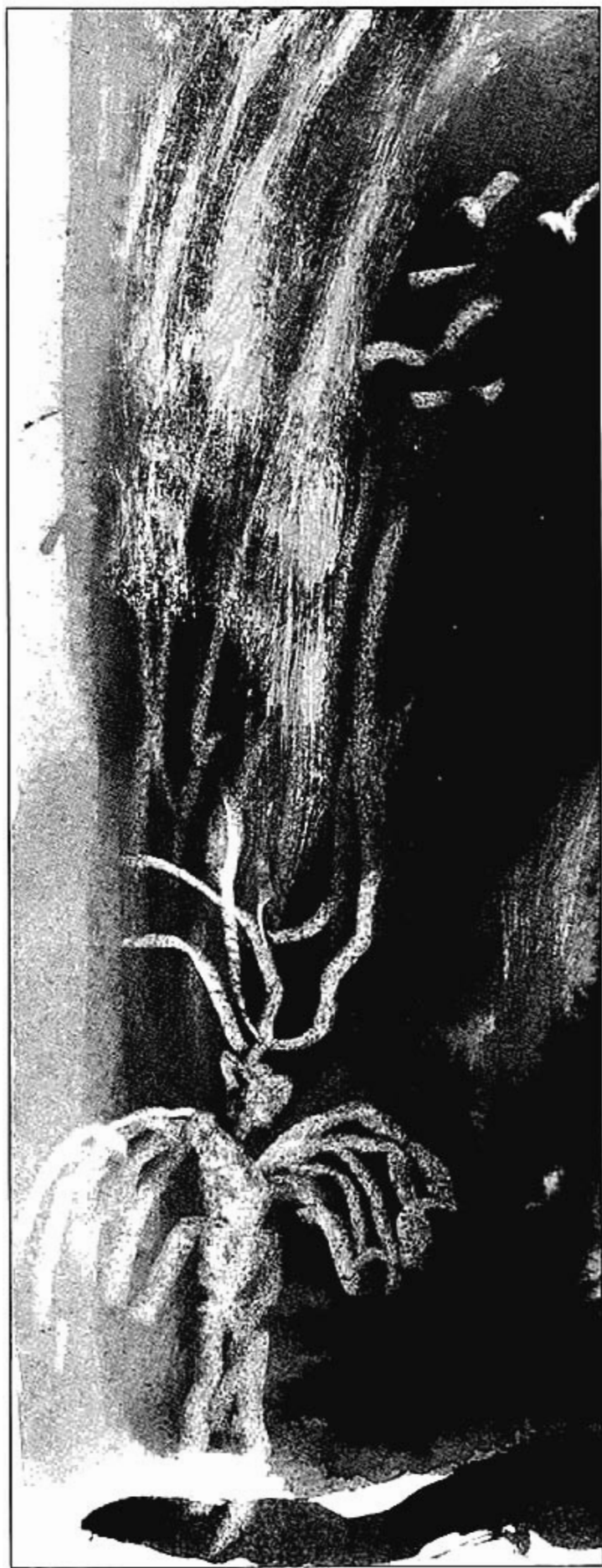
Otra contribución importante a la conformación de la figura de Satanás la hallamos en los Padres de la Iglesia, cuyas ideas surgieron de un pasaje de Isaías que resulta muy revelador:

¡Cómo has caído del cielo, oh Lucifer, hijo de la mañana! ¡Cómo te has venido al suelo, tú que debilitaste a las naciones! Pues te dijiste en tu corazón, me elevaré a los cielos, exaltaré mi trono por encima de las estrellas de Dios: me sentaré también en el monte de la asamblea, en la parte del Norte; subiré más allá de las alturas de las nubes; seré igual que el Altísimo. Sin embargo, serás arrojado al infierno, a lo profundo del abismo.<sup>11</sup>

San Ignacio, quien sostenía principios dualistas en el siglo II, designó al Diablo como "soberano de esta época". Los hombres podían ser hijos de la luz si se orientaban hacia Cristo o hijos de las tinieblas si eran dominados por el Diablo.<sup>12</sup>

San Bernabé (siglo II) también opinaba que el Diablo vivía en su época, la cual concluiría con la segunda venida de Cristo. Lo que resulta más interesante de su doctrina fue el inicio de uno de los estereotipos de la cultura contemporánea: la asociación de maldad con el color negro, primera manifestación de estigmatización racial, idea presente no sólo en el cristianismo sino en el mazdeísmo y el judaísmo, entre los griegos y ebionistas. El color negro se empleará posteriormente para describir tanto el rostro del Diablo como su atuendo. Para San Bernabé, la luz lleva al cielo, en tanto que las tinieblas, bajo el poder del negro (Satanás), con-





ducen directamente a la ruina.<sup>13</sup>

Los gnósticos (siglo II d.C.), entre los que sobresale Marción, mantenían un dualismo absoluto; para ellos el mundo había sido creado por un dios maligno, el Demiurgo, en tanto que el Dios bueno se le oponía. Surge la serpiente como símbolo negativo, incluso cuando no se relaciona aún con el Demiurgo.<sup>14</sup>

Posteriormente Justino, uno de los primeros teólogos, sostuvo que el Diablo fue una criatura creada por el mismo Dios pero inferior en su condición. Por esta razón su poder y posibilidad de supervivencia sería menor. El Diablo, ya como serpiente, fue para Justino el tentador de Adán y Eva y, además, de Cristo. Lo identifica como el Príncipe de los demonios.<sup>15</sup>

Los teólogos orientaron sus preocupaciones, como vemos, a determinar el origen del Diablo, su naturaleza y la función que desempeñaba en tanto contrario a Dios. Sin embargo, su contribución a la imagen de Satanás resulta menor. En los siglos III y IV con Lactancio y posteriormente con los maniqueístas la figura delimita sus contornos.

Lactancio, padre de la Iglesia, sostiene que el mal es necesario pues permite captar la naturaleza del bien, por contraste; si se excluye el mal se elimina la virtud. Habla de una "hermandad metafórica" entre Cristo y el Diablo: ambos son criaturas que provienen de Dios, pero uno es el hijo amado y el otro el hijo rechazado.<sup>16</sup> En principio no debería haber una gran diferencia entre la representación de ambos personajes dado que provienen de la misma fuente. Habla de dos clases de demonios: Satanás y demás ángeles caídos, semejantes a Dios, que constituyen la clase celestial y los demonios terrestres provenientes de hombres y gigantes.

Finalmente, el maniqueísta<sup>17</sup> Atanasio afirmaba que el Diablo era un no-ser porque se había condenado a una vida de inexistencia y de maldad. Puede cambiar de forma en la medida de su voluntad; según esto puede manifestarse como mancebo negro, símbolo del vacío y la negrura del alma. También toma la forma de diversas bestias o de monstruos, —"una bestia como un hombre hasta los muslos, pero con patas y cascos como

los de un asno". Las bestias más comunes, según Atanasio son dragones, serpientes, escorpiones, leones, osos, leopardos, toros, lobos, hienas y gallos. También pueden presentar forma de ángeles de luz o hasta de monjes.<sup>18</sup>

En los años 700 y 850 lo describen como un hombre oscuro como la boca de un lobo, desnudo y cubierto por una piel rugosa.

En 1233 Gregorio IX<sup>19</sup> delinea la idea del Diablo en la bula *Vox in Rama*<sup>20</sup> como hombre de notables ojos negros, tan negros como el carbón y de tez muy pálida, delgado y frío, que puede transformarse en gato negro o sapo. Además, hace orgías incestuosas y homosexuales con sus seguidores.

En 1240 y 1250 Cesáreo en su obra *Dialogus Miraculorum* sostenía que los demonios se manifestaban en forma de hombre -feo, corpulento y vestido de negro-, o seducían a las mujeres bajo la apariencia de caballero fino y elegante o como soldado. Generalmente era bajo la forma de un moro.

Por otro lado, la demonología también pretendió fijar los rasgos de la fisonomía de Lucifer en una amplia bibliografía<sup>21</sup> que fue útil a jueces y curas para justificar muchas atrocidades en los momentos en que la Inquisición estuvo vigente.

La visión del Diablo se consolidó cuando la herejía se convirtió en anatema y su culto en apostasía.

La figura del Diablo se termina de trazar en el Renacimiento, gracias a las reformas protestante y católica. Los que ayudaron fueron, por la élite eclesiástica y política, los Inquisidores (franciscanos y dominicos), los demonólogos y algunos jueces; por otra parte, las aportaciones populares también fueron importantes.

Satanás puede metamorfosearse gracias a su enorme facultad de transformación y a que su naturaleza es simple y no pertenece a especie conocida; no tiene una forma específica. De hecho, puede introducirse en cualquier ser animado o inanimado porque posee cuerpo de aire.

Sus descripciones pueden clasificarse en:

- a) Antropomorfa
- b) Zoomorfa o zoantropía.

## La representación antropomorfa

El Diablo se presenta ante los hombres como hombre negro, o vestido de negro; se acerca seduciendo bajo formas bellas y agradables o monstruosas. Las mujeres lo ven como un hombre joven y atractivo, generalmente ataviado con ropajes negros; trata de seducirlas y despierta en ellas deseos inmoderados por los gozos sensuales. A los hombres se les muestra como una mujer hermosa y joven.

El inquisidor del Río lo describe de esta manera en su libro *Disquisitionum magicarum*:

Los demonios se manifiestan en cuerpos humanos negros, mugrientos, hediondos y tremendos, o por lo menos en cuerpos de rostro oscuro, moreno y pintarrajeado, de nariz deformadamente chata o enormemente aguileña, de boca abierta y profundamente rajada, de ojos hundidos y chispeantes, de manos y pies ganchudos como de buitre, de brazos y muslos delgados y llenos de pelo, de piernas de burro o de cabra, de pies de cuerno algunas veces rajado y algunas veces sólido, y por último de estatura y proporciones del cuerpo siempre demasiado grandes o demasiado pequeñas y contrahechas.<sup>22</sup>





En los testimonios con que contamos aparece disfrazado.

Las descripciones de brujas obtenidas por la Inquisición de distintas partes de Europa coinciden.

John Walsh lo veía: "a las veces como un hombre en todas sus proporciones, excepto que tenía los pies hendidos". A Margaret Johnson se le apareció "con el aspecto y proporción de un hombre, vestido con un traje negro, atado con jarreteras de seda". Bessie Dunlop decía que

era un hombre arrogante entrado en años, con barba gris, vestido con un jubón gris con mangas lombardas a la antigua usanza; calzón gris y calzas blancas atadas alrededor de las rodillas; gorro negro en la cabeza, ajustado detrás y plano delante, con bandas de seda cubriendo los bordes de éste; y una vara blanca en la mano.

Los testimonios de dos brujas del North Berwick lo sitúan en el *sabbat*. La primera dice que

El Diablo surgía de repente en el púlpito, como un hombre muy negro, con una barba negra que le sobresalía como la de un macho cabrío y una nariz alta, que le bajaba afilada como el pico de un halcón; con un largo adminículo (rabo).

La otra bruja declaró:

El Diablo hacía venir a toda la compañía a besarle el culo, que decían lo tenía frío como el hielo; su cuerpo era duro como el hierro, según creían los que lo tocaban, su rostro era terrible, su nariz era como el pico de un águila, con grandes ojos llameantes; sus manos y piernas eran peludas, con garras en las manos, y pies como de grifón, y hablaba con voz cavernosa.<sup>23</sup>

En ocasiones aparecía con cuernos, pezuñas y cola. También era corriente que de su persona emanara un marcado olor a azufre.

Pierre de Loyer dice que el Diablo se presenta de dos maneras: tomando la forma de cuerpos aéreos que se amasan y condensan hasta que pueden ser vistos. Se componen de vapores abultados y terrestres, que ascienden en el aire hasta que solidifican las nubes. Son fríos y se desbaratan fácilmente; o tomando los cuerpos de los muertos, cadáveres o carroña. Cuando se acomodan a la naturaleza humana desprenden olores particulares.

### La representación zoomorfa

El Diablo asume la forma de diversos animales, pero la más ligada a él es la de macho cabrío. Esta caracterización parece inspirarse en los sátiros, silvanos y faunos de la Antigüedad.

En el proceso de Laboud, Pierre de Lancre, importante inquisidor, obtuvo de las brujas diversas declaraciones que le permitieron describir ampliamente al Diablo en su libro *Tableau de l'inconstance des mauvais anges et démons*:

Unos dicen que es como un gran tronco de árbol oscuro sin brazos y sin pies, sentado en alguna cátedra con alguna forma de rostro de hombre grande y horrible. Otros dicen que es un gran cabrón, con dos cuernos hacia adelante y dos hacia atrás, de los cuales los delanteros se enlazan hacia arriba como las pelucas de una mujer. Pero lo común es que tenga solamente tres cuernos y que tenga una especie de linterna en el central con la cual acostumbra a iluminar el sabbat y dar fuego y luz. También se le ve una especie de gorro o sombrero por debajo





de sus cuernos, y tiene hacia adelante su miembro estirado y pendiente y lo muestra siempre de la longitud de un codo, y una gran cola por detrás, y una especie de rostro por encima, del que no sale ninguna palabra, sólo le sirve para darlo a besar a aquéllos que le parece bucnamente, honrando a ciertos brujos o brujas más que a otros. Otros dicen que él tiene forma de un gran hombre vestido tenebrosamente y que no quiere ser visto claramente, si bien dicen que es resplandeciente y su rostro rojo como el hierro recién salido de la fragua.<sup>24</sup>

Como vemos, su rostro es mutable, escapa a todo intento de precisión.

Las descripciones de las brujas de Laboud y Zugarramundi coinciden. Pierre de Lancre en *Tableau de l'inconstance...* obtuvo esta otra declaración, en que Satanás manifiesta su naturaleza como hombre y animal a la vez:

Los ojos tiene grandes, redondos, muy abiertos, encendidos y espantosos; la barba de cabrón, y todo el cuerpo como de entre hombre y cabrón; los dedos de las manos iguales, corvos y rampantes como de ave de rapiña; los pies como de ganso, la cola de asno; la voz espantosa y desentonada, pero baja, ronca y triste; parece el rozmido de un mulo, no pronuncia bien las palabras y se entiende con dificultad; habla con arrogancia y gravedad, con semblante melancólico y que siempre parece estar enojado.<sup>25</sup>

Otros animales en que se convierte el Diablo son toro, caballo, oveja, ciervo, ternera, corzo, cerdo, cabra, gato negro, pollo, dragón, cuervo, mono, serpiente, mosca, perro, raposo, aves e insectos, sapo, rata y pájaros.

Pero la personalidad de Satanás no estaría completa sin abordar el aspecto de la

sexualidad. Se dice que el Diablo ayudaba a alcanzar placeres, honores, riquezas o preferencias.

Antes de la persecución de las brujas se relataba que el comercio sexual con Satanás era la experiencia más placentera a que podía acceder una mujer. Incluso se afirma que se lograba la *maxima cum voluptate*.

Todas las prácticas sexuales están asociadas al Diablo: coito heterosexual, homosexualidad, bestialidad, masturbación mutua, copulación en grupo, incesto.

Sus genitales han llevado a un buen número de especulaciones. En primer lugar, se dice que la relación era placentera gracias a la generosidad de sus formas y porque su técnica era única. Incluso se afirmaba que su pene tenía tres puntas, lo que le permitía hacer al mismo tiempo el coito, sodomía y felación. En suma: poseía una gran habilidad amorosa, que no consistía sólo en el acto mismo, sino que abarcaba el periodo anterior y posterior al coito.

Después de la persecución la relación sexual con el Diablo se describe como dolorosa porque su miembro y semen eran extremadamente fríos. La única forma en que le estaba permitido copular era en posición canina y no en la "del misionero".

La imagen actual de Satanás si bien ha perdido cierta vigencia no deja de presentarse ante algunos creyentes. Conserva sus rasgos peculiares que lo sitúan como creador, caído por su propia voluntad, mortalmente herido por Cristo, jefe de las fuerzas malignas del cosmos y condenado a la ruina al fin del mundo.

Diremos entonces que la figura del Diablo, tal como hemos visto, constituye una de las creaciones más interesantes de la cultura pues condensa todos los temores y deseos reprimidos de los hombres durante siglos.

## Notas

<sup>1</sup> Jeffrey Burton Russell, *Satanás. La primitiva tradición cristiana*, FCE, México, 1986, p. 28.

<sup>2</sup> Julio Caro Baroja, *Las brujas y su mundo*, Alianza, Barcelona, 1990, p. 191.

<sup>3</sup> Jules Michelet, *La bruja*, Labor, Barcelona, 1984.

<sup>4</sup> G.R. Quaife, *Magia y maleficio. Las brujas y el fanatismo religioso*, Crítica, Barcelona, 1989, pp. 68-69.

<sup>5</sup> Julio Caro Baroja: *op. cit.*, p. 101.

<sup>6</sup> Frank Donovan: *Historia de la brujería*. México, Alianza, 1989, pp. 113-114.

<sup>7</sup> Algunas descripciones del infierno son semejantes al Tártaro, especie de infierno mitológico.

<sup>8</sup> Frank Donovan: *op. cit.*, p. 114.

<sup>9</sup> Margaret Murray, *El dios de los brujos*, México, FCE, 1986, p. 13.

<sup>10</sup> Norman Cohn, *Los demonios familiares de Europa*, Madrid, Alianza, 1987, pp. 90-91.

<sup>11</sup> Citado en Frank Donovan, *op. cit.*, pp. 115-116.

<sup>12</sup> J. B. Russell, *op. cit.*, pp. 39 a 41.

<sup>13</sup> *Ibid.*, pp. 45-48.

<sup>14</sup> *Ibid.*, pp. 65-69.

<sup>15</sup> *Ibid.*, pp. 78, 83 y 84.

<sup>16</sup> *Ibid.*, pp. 190-197.

<sup>17</sup> El maniqueísmo es una doctrina interesante por sus postulados; afín a los gnósticos, se funda en la idea de que en el universo existen dos principios antagónicos no creados: la luz, equi-

valente a la verdad y la materia, que se expresa en las tinieblas y la falsedad. Ambos principios se encuentran personificados por Dios y el Diablo. El primero funda un reino pleno de sabiduría, fuerza y luz; el otro es caótico y confuso, circundado por las tinieblas.

<sup>18</sup> *Ibid.*, pp. 216-218 y 222.

<sup>19</sup> Arthur Stanley Turberville, *La inquisición española*, México, FCE, 1981, pp. 11 y 12.

<sup>20</sup> La bula *Vox in Rama* es un documento notable porque fija el origen de la Inquisición en Europa en 1233. Gregorio IX determinó que los encargados de luchar contra la herejía fueran los frailes dominicos, quienes colaborarían con los obispos de las localidades para integrar las investigaciones y llevar a cabo el enjuiciamiento de los condenados. La bula convierte en realidad las leyendas que circulaban entre algunos grupos sociales y a partir de entonces estos hechos se aceptan por la totalidad de la sociedad.

<sup>21</sup> Sólo por mencionar los textos sobresalientes de la época de la Caza de brujas -1450-1700- en Europa citamos a Heinrich Kramer y Jacob Sprenger con el famoso *Malleus Maleficarum* (1486); *De la démonomanie des sorciers* de Jean Bodin (1580); *Disquisitionum Magicarum libri sex* de Martín del Río (1599); de Pierre de Lancre *Le Tableau de l'inconstance des mauvais anges* (1612), y *Du sortilège* (1627); *Discours des sorciers* del magistrado Henri Boguet (1602); *De lamiis* (1577); de Johann Weyer *Cautio Giminalis* de Friedrich von Spee (1631) y otros más.

<sup>22</sup> Citado en Francisco Flores Arroyuelo, *op. cit.*, p. 41.

<sup>23</sup> Testimonios citados en Frank Donovan, *op. cit.*, pp. 119-120.

<sup>24</sup> Citado en Francisco Flores Arroyuelo, *op. cit.*, p. 42.

<sup>25</sup> *Ibid.*, pp. 42-43.



# La esfinge

Edgar Allan Poe



**D**urante el espantoso reinado del cólera en Nueva York acepté la invitación de un pariente a pasar quince días en el retiro de su confortable *cottage*, a orillas del Hudson. Teníamos allí todos los habituales medios veraniegos; y vagabundeando por los bosques con nuestros cuadernos de diseño, navegando, pescando, bañándonos, con la música y los libros hubiéramos pasado bastante bien el tiempo, de no ser por las terribles noticias que nos llegaban todas las mañanas de la populosa ciudad. No transcurría un día sin que nos trajeran nuevas de la muerte de algún conocido. Por lo tanto, como la mortalidad aumentaba, aprendimos a esperar diariamente la pérdida de algún amigo. Al fin temblábamos ante la cercanía de cada mensaje. El mismo aire del sur nos parecía impregnado de muerte. Este paralizante pensamiento se apoderó de mi alma toda. No podía

hablar, ni pensar, ni soñar en nada. Mi huésped era de temperamento menos excitable y, aunque su ánimo estaba muy deprimido, se esforzaba por confortar el mío. En ningún momento lo imaginario afectaba su intelecto, bien nutrido de filosofía. Estaba suficientemente vivo para los terrores concretos, pero sus sombras no lo atemorizaban.

Sus intentos por sacarme del estado anormal de melancolía en que me hallaba sumido fueron frustrados en gran medida por ciertos volúmenes que yo había encontrado en su biblioteca. Por su índole, tenían fuerza suficiente para hacer germinar cualquier simiente de superstición hereditaria que se hallara latente en mi pecho. Había estado leyendo estos libros sin que él lo supiese, y, por lo tanto, le resultaba imposible explicarse a veces las violentas impresiones que habían hecho en mi fantasía.

Uno de mis tópicos favoritos era la creencia que en esa época de mi vida yo estaba seriamente dispuesto a defender. Teníamos largas y animadas discusiones sobre este punto, en las que él sostenía la absoluta falta de fundamento de la fe en tales cosas, y yo replicaba que un sentimiento popular nacido con absoluta espontaneidad —es decir, sin aparentes huellas de sugestión— tiene en sí mismo inequívocos elementos de verdad y es digno de mucho respeto.

El hecho es que, poco después de mi llegada a la casa, me ocurrió un incidente tan absolutamente inexplicable y que tenía en sí tanto de ominoso, que bien se me podía excusar si lo consideraba como un presagio. Me aterró y al mismo tiempo me dejó tan confundido y tan perplejo, que transcurrieron varios días antes de que me resolviera a comunicar la circunstancia a mi amigo.

Casi al final de un día de calor abrumador, estaba yo sentado con un libro en la mano delante de una ventana abierta desde la cual dominaba, a través de la larga perspectiva formada por las orillas del río, la vista de una distante colina cuya ladera más cercana había sido despojada por un desmoronamiento de la mayor parte de sus árboles. Mis pensamientos habían errado largo tiempo desde el volumen que tenía delante, a la tristeza y desolación de la vecina ciudad. Levantando los ojos de la página, cayeron éstos en la desnuda ladera de la colina y en un objeto, en una especie de monstruo viviente de horrible conformación, que rápidamente se abrió camino desde la cima hasta el pie, desapareciendo por fin en el espeso bosque inferior.

Al principio, cuando esta criatura apareció ante la vista, dudé de mi razón o, por lo menos, de la evidencia de mis sentidos, y transcurrieron algunos minutos antes de lograr convencerme de que no estaba loco ni soñaba. Sin embargo, cuando describa el monstruo (que vi claramente y vigilé durante todo el periodo de su marcha), para mis lectores, lo temo, será más difícil aceptar estas cosas de lo que lo fue para mí.

Considerando el tamaño del animal en comparación con el diámetro de los grandes árboles junto a los cuales pasara —los pocos

gigantes del bosque que habían escapado a la furia del desmoronamiento—, concluí que era mucho más grande que cualquier paquebote existente. Digo paquebote porque la forma del monstruo lo sugería; el casco de uno de nuestros barcos de guerra de setenta y cuatro cañones podría dar una idea muy aceptable de sus líneas generales. La boca del animal estaba situada en el extremo de una trompa de unos sesenta o setenta pies de largo, casi tan gruesa como el cuerpo de un elefante común. Cerca de la raíz de esta trompa había una inmensa cantidad de negro pelo hirsuto, más del que hubieran podido proporcionar las pieles de veinte búfalos; y brotando de este pelo hacia abajo y lateralmente surgían dos colmillos brillantes, parecidos a los del jabalí, pero de dimensiones infinitamente mayores. Hacia adelante, paralelo a la trompa y a cada lado de ella, se extendía una gigantesca asta de treinta o cuarenta pies de largo, aparentemente de puro cristal y en forma de perfecto prisma, que reflejaba de manera magnífica los rayos del sol poniente. El tronco tenía forma de cuña con la cúspide hacia tierra. De él salían dos pares de alas, cada una de casi cien yardas de largo, un par situado sobre el otro y todas espesamente cubiertas de escamas metálicas; cada escama medía aparentemente diez o doce pies de diámetro. Observé que las hileras superior e inferior de alas estaban unidas por una fuerte cadena. Pero la principal peculiaridad de aquella cosa horrible era la figura de una *calavera* que cubría casi toda la superficie de su pecho, y estaba diestramente trazada en blanco brillante sobre el fondo oscuro del cuerpo, como si la hubiera dibujado cuidadosamente un artista. Mientras miraba aquel animal terrible, y especialmente su pecho, con una sensación de espanto, de pavor, con un sentimiento de inminente calamidad que ningún esfuerzo de mi razón pudo sofocar, advertí que las enormes mandíbulas en el extremo de la trompa se separaban de improviso y brotaba de ellas un sonido tan fuerte y tan fúnebre que me sacudió los nervios como si doblaran a muerto; y, mientras el monstruo desaparecía al pie de la colina, caí de golpe, desmayado, en el suelo.



Al recobrarne, mi primer impulso fue, por supuesto, informar a mi amigo de lo que había visto y oído; y apenas puedo explicar qué sentimiento de repugnancia me lo impidió.

Por fin, una tarde, tres o cuatro días después de lo ocurrido, estábamos juntos en el aposento donde había visto la aparición, yo ocupando el mismo asiento junto a la misma ventana y él tendido en un sofá al alcance de la mano. La asociación del lugar y la hora me impulsaron a referirle el fenómeno. Me escuchó hasta el final; al principio rió cordialmente y luego adoptó un continente excesivamente grave, como si sobre mi locura no cupiese ninguna duda. En ese momento tuve otra clara visión del monstruo, hacia el cual, con un grito de absoluto terror, dirigí su atención. Miró ansiosamente, pero afirmó que no veía nada, aunque yo le señalé con detalle el camino de la bestia mientras descendía por la desnuda ladera de la colina.

Entonces me alarmé muchísimo, pues consideré la visión, o como un presagio de mi muerte, o, peor aún, como anuncio de un ataque de locura. Me eché violentamente hacia atrás y durante unos instantes hundi la cara en las manos. Cuando me destapé los ojos, la aparición ya no era visible.

Mi huésped, sin embargo, había recobrado en cierto modo la calma de su continente y me interrogaba con minucia sobre la conformación de la bestia. Cuando le hube dado cabal satisfacción sobre este punto, suspiró profundamente, como aliviado de alguna carga intolerable, y siguió conversando con una calma que me pareció cruel sobre varios puntos de filosofía que habían constituido —hasta entonces— el tema de discusión entre nosotros. Recuerdo que insistió muy especialmente (entre otras cosas) en la idea de que la principal fuente de error de todas las investigaciones humanas se encontraba en el riesgo que corría la inteligencia de menospreciar o sobrestimar la importancia de un objeto por el cálculo errado de su cercanía.

—Para estimar adecuadamente —decía— la influencia ejercida a la larga sobre la humanidad por la amplia difusión de la democracia, la distancia de la época en la cual tal

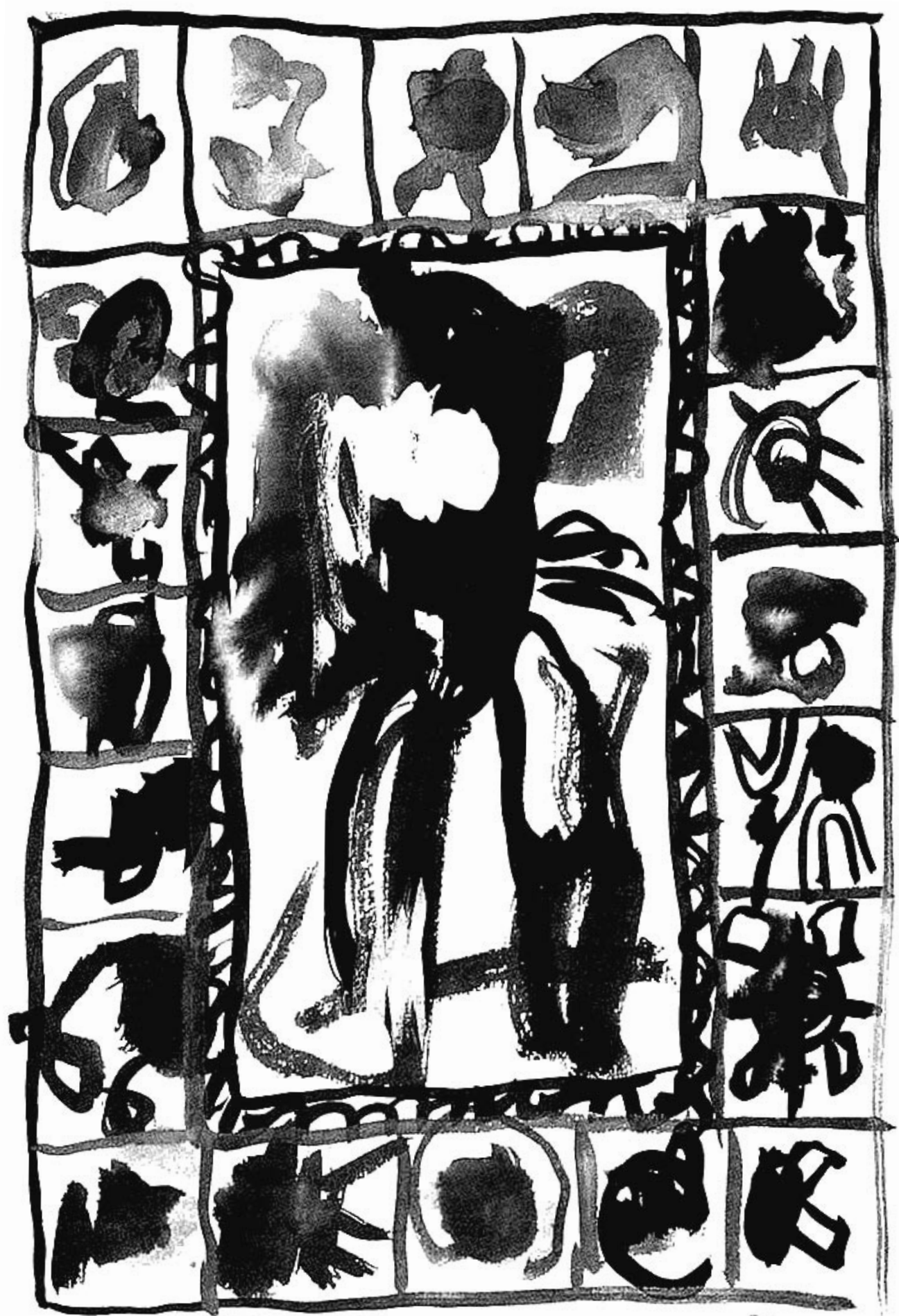
difusión puede posiblemente realizarse no dejaría de constituir un punto digno de ser tenido en cuenta. Sin embargo, ¿puede usted mencionarme algún autor que, tratando del gobierno, haya considerado merecedora de discusión esta particular rama del asunto?

Aquí se detuvo un momento, se acercó a una biblioteca y sacó una de las comunes sinopsis de historia natural. Pidiéndome que intercambiáramos nuestros asientos para poder distinguir mejor los menudos caracteres del volumen, se sentó en mi sillón junto a la ventana y, abriendo el libro, prosiguió su discurso en el mismo tono que antes.

—De no ser por su extraordinaria minucia —dijo— en la descripción del monstruo quizá no hubiera tenido nunca la posibilidad de mostrarle de qué se trata. En primer lugar, permítame que le lea una sencilla descripción del género *Sphinx*, de la familia *Crepuscularia*, del orden *Lepidoptera*, de la clase *Insecta* o insectos. La descripción dice lo siguiente: “Cuatro alas membranosas cubiertas de pequeñas escamas coloradas, de apariencia metálica; boca en forma de trompa enrollada, formada por una prolongación de las quijadas, sobre cuyos lados se encuentran rudimentos de mandíbulas y palpos vellosos; las alas inferiores unidas a las superiores por un pelo rígido; antenas en forma de garrote alargado, prismático; abdomen en punta. La *Esfinge Calavera* ha ocasionado gran terror en el vulgo, en otros tiempos, por una especie de grito melancólico que profiere y por la insignia de muerte que lleva en el corselete”.

Aquí cerró el libro y se reclinó en el asiento, adoptando la misma posición que yo ocupara en el momento de contemplar “el monstruo”.

—¡Ah, aquí está! —exclamó entonces—. Vuelve a subir la ladera de la colina, y es una criatura de apariencia muy notable, lo admito. De todos modos, no es tan grande ni está tan lejos como usted lo imaginaba; pues el hecho es que, mientras sube retorciéndose por este hilo que alguna araña ha tejido a lo largo del marco de la ventana, considero que debe de tener la decimosexta parte de una pulgada de longitud, y que a esa misma distancia se encuentra de mis pupilas.



Sienna

# Viejos y nuevos monstruos

Julio Glockner

Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades  
Universidad Autónoma de Puebla

*Monstrum*: monstruo, portentoso, prodigio, cosa extraordinaria, fuera del orden regular; Hombre pernicioso, abominable.

*Diccionario Latino-Español*, Raimundo de Miguel, Madrid, 1903.

Plotino dice que tenemos acceso a la belleza principalmente a través del sentido de la vista, aunque también el oído es sensible a ella mediante la música, el canto y la armonía de las palabras. Estos dos sentidos abren también sus puertas a la experiencia de lo monstruoso.

Si la esencia de lo monstruoso reside en un rompimiento de las proporciones y las simetrías, ha sido el ojo nuestro mejor testigo en lo que a falta de armonía se refiere. Pero el ojo no ha estado solo en esta labor, el oído ha sido siempre su cómplice idóneo, pues con el oído se ha configurado a lo largo del tiempo la imagen de lo que nunca se ha visto y probablemente jamás se verá. Al escuchar la descripción de un monstruo no sólo se abre la posibilidad de dar por cierta su existencia, sino que en ocasiones la palabra ha llegado a convencer a tal grado que transforma lo que se tiene ante los ojos en lo que se ha escuchado que existe, como le sucedió a tantos viajeros que por mar y tierra se han movido a lo largo de la historia. La insistencia de Colón de que los manatíes eran en realidad sirenas es un claro ejemplo. Todo parece indicar que tratándose de monstruos, al principio que establece el acto de ver para poder creer, debe añadirse el de creer para poder ver.

Cada cultura tiene sus propios monstruos, aunque los criterios para establecer lo que es o no monstruoso varían según las sociedades y las épocas: la Coatlicue horrorizó a los españoles tanto como ellos mismos montados a caballo horrorizaron a los indios. El

contacto entre diversas culturas ha provocado también un fructífero contagio de monstruos, algunos de los cuales han sobrevivido hasta nuestros días, tal es el caso de los ángeles cristianos cuyos antecedentes se remontan a los hombres-pájaro de Mesopotamia, pasando por el ave-alma egipcia y por las sirenas aladas del mundo griego. Los ángeles son tan monstruos como cualquier otro ser formado por la combinación de dos o más naturalezas sin que ello implique necesariamente la fealdad; al contrario, en los ángeles lo monstruoso reside precisamente en la extraordinaria calidad de su belleza. Si los ángeles están presentes en el mundo de hoy se debe a su permanente aleteo en los ámbitos de la fe. Su presencia divina escoltará vírgenes y santos por un tiempo imprevisible. Otros monstruos, en cambio, han perdido toda credibilidad y sólo sobreviven como deleite estético o como ilustración de creencias desaparecidas; algunos más se han vuelto tan extraños que sólo existen agazapados en alguna página olvidada en calidad de dato crudito.

No me parece impertinente distinguir dos tipos de monstruos: los naturales y los imaginarios, tan reales los unos como los otros. Los primeros podríamos subdividirlos en monstruos físicos y morales; unos siameses y Charles Manson serían ejemplares de estas clases. Los monstruos imaginarios, en cambio, aparecen en los sueños y las visiones, permanecen durante siglos en las creencias y se transforman adaptándose y recreándose en relatos de todo tipo. A la memoria



colectiva y a la tensión emocional que se crea entre quien relata y quien escucha deben su existencia los monstruos imaginarios. Desde el siglo XVI, con la difusión de la letra impresa, se añadió a la dualidad voz-oido el silencio visual de la palabra escrita en la proliferación de los monstruos. La voz y la página han sido desde entonces su verdadera casa.

Entre los animales naturales y los monstruos imaginarios se han establecido siempre corrientes de información de ida y vuelta. Un animal como la iguana, desconocido por los europeos del siglo XVI, es comparado con un dragón cuando se lo ve por primera vez, como le sucedió a Américo Vespucio:

saltamos a tierra y nos fuimos por un camino que conducía al bosque, y a un tiro de ballesta encontramos sus cabañas, en donde habían hecho grandes hogueras, y dos de ellos estaban cocinando sus alimentos, tostando muchos animales y varias clases de peces; vimos que tostaban un animal que parecía un dragón, salvo que no tenía alas, y de una apariencia tan fea, que nos espantó mucho con su fiera. Caminando a lo largo de sus casas o cabañas encontramos muchas de estas serpientes vivas, que estaban amarradas de los pies y tenían una cuerda alrededor del hocico, de tal manera que no lo podían abrir, como se hace con los perros mastines para que no muerdan.

La reacción de Colón ante un animal desconocido fue mucho más sorprendente, tenía ante sus ojos tres manatíes y no pudo dejar de afirmar que eran sirenas: "tres sire-

nas salieron bien alto de la mar, pero no eran tan hermosas como las pintan ya que en alguna manera tenían forma de hombre en la cara", dice un tanto desilusionado. Otro caso es el de Edward Topsell, un naturalista inglés que a principios del siglo XVII escribió dos obras: una *Historia de las serpientes* y una *Historia de las bestias con cuatro patas*. En sus libros Topsell insistía en la necesidad de que los clérigos se interesaran por el estudio de los animales con la finalidad de que pudieran identificar correctamente a las bestias mencionadas en la Biblia. Al hacer su taxonomía Topsell incluía algunos monstruos, como la manticora, que con su cabeza humana y su triple hilera de dientes figuraba en la sección de las hienas. En su obra aparece también una ilustración con "la verdadera imagen de la lamia", a la que describe como dotada de un bello rostro de mujer y "formas muy grandes y hermosas en sus pechos", advirtiéndole al lector que estas bestias representan un grave peligro para los viajeros, pues "cuando ven a un hombre, le muestran sus senos y, seduciéndolo con la hermosura de éstos, lo invitan a que se acerque a conversar, y así, cuando lo tienen a su alcance, lo matan y lo devoran". Edward Topsell estaba previniendo de esta manera a sus lectores contra el posible encuentro con un animal de la mitología griega cuya leyenda tuvo su origen en Libia. Las referencias a este monstruo son muy variadas. Según una tradición, Lamia era la hermosa hija de un rey. Su belleza era tal que cautivó a Zeus, provocando los celos de Juno, que tanto padeció las infidelidades de su marido. Juno sólo encontraba cierto consuelo castigando a quienes ella suponía seductoras de Zeus. Esto fue lo que hizo con Lamia y como venganza la condenó a enloquecer. La terrible locura que padeció Lamia llegó al grado de que devoró a sus propios hijos y se retiró a vivir en lugares abruptos en medio de una gran desesperación. Desde entonces ha sentido envidia de la dicha de otras madres y las acecha en los caminos para arrebatárselas a sus hijos y devorarlos. El mito refiere también que Zeus le había concedido el don de deshacerse de sus ojos y recobrarlos a voluntad. Lamia podía beber hasta llegar a la más



completa embriaguez y en este estado se volvía inofensiva, pero después se desplazaba en la sombra, sedienta de sangre, al accho de las criaturas. Las madres de entonces asustaban a sus hijos con sólo mencionar su nombre. Uno de estos niños fue Edward Topsell, quien actualizó la leyenda en la primera década del siglo XVII al describir a "la verdadera" Lamia, que para entonces se había convertido ya en una figura cuadrúpeda, con pesuñas en las patas traseras y garras semejantes a las de los felinos en las patas delanteras, siendo que antes se la describía como un monstruo con rostro y senos de mujer pero con cuerpo de serpiente. Se dijo que era gorda y de miembros gruesos, otros hablaron de pies de hierro, Aristóteles comentó que olía como una foca y que sus partes bajas estaban extrañamente adornadas con testículos; no faltaron autores respetuosos de la proliferación de versiones tan distintas que afirmaron que las lamias, en realidad, podían cambiar de forma según su capricho. Topsell por su parte invocaba la autoridad divina de las Sagradas Escrituras para aceptar la existencia de éstos y otros animales fantásticos, como el unicornio, que por cierto, según lo consignó fray Diego Durán, alguna vez habitó en las laderas del Pico de Orizaba.

Durante la Edad Media y el Renacimiento la fauna fantástica existió confundida con la fauna natural, los límites entre una y otra eran muy difusos, sobre todo cuando ante el gesto atónito del europeo se exhibían en sus propias ciudades animales extraños provenientes de tierras desconocidas. Entonces se debió hacer un razonamiento del tipo: "si este extraño animal que tengo ante mis ojos existe, por qué dudar de la existencia de tantos otros animales extraños de los que he oído hablar". Esta lógica está en la misma línea reflexiva que la deducción de Antonio de León Pinelo, au-

tor de *El Paraíso en el Nuevo Mundo*, quien sacaba la siguiente conclusión después de enterarse de la existencia de tritones: "si hay tritones, no faltarán sirenas". El asunto es que mientras existieran tierras ignotas siempre cabría la posibilidad de enterarse de la existencia de algún monstruo o de toparse cara a cara con él. En ocasiones la fauna natural fue tan impactante para la mentalidad europea que los autores tenían la necesidad de aclarar que la descripción que hacían de un extraño ejemplar era verdadera. Esto sucedió con Topsell cuando vio por primera vez un rinoceronte, animal que se había expuesto ya en Lisboa a principios del siglo XVI:

No estaría dispuesto -dijo- a escribir ninguna cosa falsa o incierta, fruto de mi propia imaginación; y la verdad es algo tan preciado para mí, que no mentiré para despertar en algún hombre amor y admiración por Dios y sus obras, pues Dios no necesita las mentiras de los hombres.

Lo monstruoso es una otredad que ha roto con la formas naturales, con sus tamaños y disposiciones, lo monstruoso puede aparecer en la deformación de un órgano, como aquellos hombres cuyas orejas eran tan largas que rozaban el suelo, o aquellos otros cuyos pies eran tan grandes que la





imaginación europea los representó sentados y con una pierna levantada para descansar bajo su sombra; puede surgir también en la alteración del número de órganos, como le sucedió a Escila, a quien la maga Circe en un vengativo ataque de celos transformó en un monstruo al verter cierta sustancia ponzoñosa en las aguas transparentes de la fuente donde se bañaba. Al sumergirse la bella Escila tuvo un indescriptible espanto de sí misma, pues sintió que de sus hombros brotaban otros cuellos y surgían otras cabezas al lado de la suya agitándose en todas direcciones y lanzando espantosos sonidos. Su horror fue aún mayor cuando advirtió que sus manos se convertían en doce espantosas garras y que de su cintura brotaban cabezas de perros agresivos. Otros casos de monstruosidad son aquéllos en que los órganos faltan, como el ojo en el cíclope o la cabeza en los llamados estetocéfalos, hombres cuya cara aparecía en el estómago y de los que tenemos noticia por hombres tan disímiles como San Agustín y Sir Walter Raleigh. Una variante más de lo monstruoso es la yuxtaposición de dos o más naturalezas en un solo cuerpo: es el caso de las sirenas cuyos hermosos cuerpos de mujer se empiezan a transformar con la aparición de escamas a la altura de la cintura hasta rematar sus sensuales formas en la cola de un pez. Pero este tipo de sirenas que hoy nos son familiares, antes de ser mitad pez fueron mitad ave. Plinio las colocó entre las aves fabulosas y Ovidio les otorgó hermosos rostros a estas

jóvenes dotadas de plumas y pies de pájaro. Homero pudo haber sido una buena fuente para abundar sobre su figura, pero sólo nos advirtió de los peligros de sus fascinantes voces sin describirnos sus cuerpos. Sin embargo, lo que no hizo el gran poeta de la Antigüedad lo hizo la moderna arqueología y hoy pueden verse los cuerpos de las mujeres-ave esculpidos en mármol en las salas del museo de arqueología de Atenas. Estas sirenas fueron ocho hijas nacidas de la unión de una deidad acuática, Aqueloo, con la musa Melpómene. La maravillosa dulzura de su voz las había hecho célebres entre las ninfas, pero cometieron la gravísima falta de no auxiliar a Perséfone cuando Hades emergió de la tierra para raptarla y llevársela con él. Deméter, la madre de Perséfone, las castigó provocando una horrenda metamorfosis en sus cuerpos: sus piernas se transformaron en patas de ave dotadas de potentes garras y en sus suaves y bien proporcionadas espaldas brotaron un par de brutales alas; luego, fueron condenadas a vivir trepadas en peñascos y rocas donde rompen las olas del mar. Conservaron sin embargo la melodiosa voz que tanto envanecimiento les producía, pero entonces cometieron la osadía de competir con las musas. Las sirenas, derrotadas, tuvieron que padecer el escarnio de verse despojadas de sus plumas como escarmiento a su excesiva vanidad. ¿Sería éste el motivo por el que desahogaban su resentimiento de un modo tan cruel como era el de atraer a los marineros con su canto y hacerlos morir en el fondo del mar? La voz de un oráculo había vaticinado que cuando un mortal sobreviviera a su canto serían ellas las que habrían de perecer en la profundidad de las aguas. Pero Ulises no las eliminó para siempre de la faz del mundo, pues de las nítidas aguas de la mitología surgieron para asombrar a Colón y aún abundan los pescadores y campesinos que aseguran que son sirenas las que habitan en el interior de los remolinos y de las trombas.

Un tipo singular de monstruo es aquél que consiste en seres que no se describen, cuya existencia sólo reside en su nombre, en el acto de mencionarlos, quedando sus formas sujetas a la libre invención de cada

cual. La infancia es el tiempo más fructífero para la aparición de este tipo de seres entre los que figura "el Coco que te comerá". Las zonas rurales están pobladas de un tipo de apariciones a quienes se teme sin precisar nunca de qué se trata: una sombra, un aullido, una silueta blanca, un viento delatan su presencia y se les teme sin que nadie sepa describirlos.

¿Hay monstruos auditivos? Me parece que sí. Es admirablemente terrible que la voz humana acompañada de ruidos eléctricos pueda evocar lo monstruoso. Un buen ejemplo es Yoko Ono cantando, acompañada de Lennon, Clapton, Klaus Voorman y Alan White en el concierto que dieron en Toronto. El nombre de la primera parte de la pieza ya provoca un ligero escalofrío, se llama *No te preocupes Kioko, mami solamente está buscando una mano en la nieve*. Pero lo realmente fuerte está en la segunda parte, que además no se puede dejar de sentir como un mal presagio. Esta pieza se llama *John John (Let's hope for peace)*. Los sonidos parecen provenir de ese ajetreo de brujas con que termina la *Sinfonía Fantástica* de Berlioz pero con muchísima más intensidad. Un lamento interminable se monta en un sonido eléctrico y vuela por el frío aire nocturno para mostrarnos desde ahí el grotesco y monstruoso paisaje humano. La voz de Yoko avanza como una araña gigantesca suspendida en una tela electrónica gritando la desgracia del mundo, chillando como un gato enloquecido al que le han arrancado los ojos mientras el ruido ensordecedor de una máquina nos indica que hemos adelantado una hora más en el tiempo del progreso.

Si no me equivoco, hasta ahora no se ha profundizado ni ampliado la investigación sobre monstruos mexicanos (mexicanos en el sentido moderno de la palabra, es decir, que incluiría la historia y la cultura

de todos los grupos étnicos del país). Existen referencias aisladas, pero no compendios generales ni estudios minuciosos; sería un trabajo largo y paciente que convendría comenzar. Una fuente obligada sería, por supuesto, fray Bernardino de Sahagún, quien cuenta que de noche algunos veían fantasmas sin pies ni cabeza rodando por el suelo y dando espantosos gemidos como de enfermo:

Había quienes tomaban estas apariciones como mal agüero, pero había quienes se sobreponían al miedo y las atrapaban y luchaban con ellas hasta el amanecer, hasta que obtenían de ellas la promesa de otorgar a su captor buena fortuna y prosperidad. Había otra manera de fantasmas que de noche aparecían, ordinariamente en los lugares donde iban a hacer sus necesidades de noche. Si allí les aparecía una mujer pequeña, enana, y que tenía los cabellos largos hasta la cinta, la llamaban *cuillapanton*, o por otro nombre *centlapachton*, cuando esta tal fantasma aparecía luego tomaban agüero que habían de morir en breve, o que les había de acontecer algún infortunio; esta fantasma aparecía como una mujer pequeña, enana, y su andar era como un ánade anda. Cualquiera que veía esta fantasma cobraba gran temor, y el que la veía, si la quería asir no podía, porque luego desaparecía y tornaba aparecer en otra parte,



luego allí junto, y si otra vez probaba a tomarla escabullíase, y todas las veces que probaba se quedaba burlado y así dejaba de porfiar. Esto mismo sucedía con otras apariciones fantasmales que tenían aspecto de calaveras y que saltaban sorpresivamente sobre las pantorrillas de la gente que andaba caminando por la noche, o con otros más que se presentaban como difuntos amortajados, quejándose y gimiendo.

Todas estas apariciones –ilusiones, las llama Sahagún– las atribuían a Tezcatlipoca.

Sin embargo el fraile franciscano no considera ilusoria la existencia de otro tipo de monstruos asociados con la fauna del país. Se trata principalmente de serpientes cuya existencia consignó en el libro once de su *Historia General de las cosas de Nueva España*:

Hay una culebra en esta tierra que tiene dos cabezas: una en lugar de cabeza, otra en lugar de la cola, y llámase *maquicóatl*; tiene dos cabezas y en cada una de ellas tiene ojos, boca y dientes y lengua: no tiene cola ninguna. No es grande, ni es larga, sino pequeña; tiene cuatro rayas negras por el lomo, y otras cuatro coloradas en un lado y otras cuatro amarillas en el otro. Anda hacia ambas partes, a las veces guía la una cabeza, y a las veces la otra: y esta culebra se llama culebra espantosa, raramente parece. A los chismeros llámanlos por el nombre de esta culebra, que dicen que tienen dos lenguas y dos cabezas. Hay una serpiente en esta tierra que se llama *mazacóatl*; es muy grande y muy gruesa, de color pardo oscuro, tiene eslabones en la cola, tiene en la cabeza cuernos como ciervo y por eso la llaman *mazacóatl* [mázatl-ciervo; cóatl-serpiente]. Mora en las montañas muy ásperas, cuando llega a edad perfecta recógese a algún lugar o cueva, y desde allí sin salir fuera atrae con el anhelito conejos y aves, y ciervos, y personas, y cómelos; y de esto se mantiene, estándose queda en su cueva.

De los distintos tipos de *mazacóatl* que menciona fray Bernardino el más interesante y provechoso es el siguiente:

Hay otra culebra que también se llama *mazacóatl*, es pequeña, tiene cuernos, es





prieta, no hace mal, ni tiene eslabones en la cola. De la carne de ésta usan los que quieren tener potencia para tener cuenta con muchas mujeres; los que la usan mucho o toman demasiado de cantidad, siempre tienen el miembro armado y siempre despiden simiente, y mueren de ello.

Entre los animales acuáticos que no son comestibles Sahagún menciona al *acipaquitli*, nombre que según Ángel María Garibay es una mala lectura de *Cipactli*. Boturini decía que el *Cipactli* era una serpiente, Torquemada que era un pez espada, Betancourt un tiburón y otros más lo tratan de lagarto, espadarte y cocodrilo. *Cipactli* es un animal primordial en la teogonía nahua. Fue creado, después de seiscientos años de inactividad, por los cuatro dioses encargados de formar el mundo, lo crearon dentro del agua, como un gran pez que posteriormente fue transformado en la tierra. De tener razón Garibay, el mitológico *Cipactli* habría encarnado en el animal que nos describe con toda precisión Sahagún de esta manera:

Hay un animal en la mar que se llama *acipaquitli*; es largo y grande y grueso, tiene pies y manos y grandes uñas, y alas y cola larga, llena de gajos como un ramo de árbol; hiere con la cola y mata, y corta con ella lo que quiere; come peces y tragalos vivos, y aun personas traga; desmenuza con los dientes; tiene la cara y dientes como de persona.

Una última referencia a Sahagún, a quien siempre habrá que agradecerle su variada y meticulosa curiosidad; se trata de un

...animalejo notablemente monstruoso en su cuerpo y en sus obras, que habita en los manantiales o venas de las fuentes. Animal nunca oído, el cual se llama *Ahuizotl*. Su tamaño es como el de un perrillo y tiene el pelo muy lezne y pequeño, tiene las orejitas pequeñas y puntiagudas, tiene el cuerpo negro y muy liso, tiene la cola larga y en el cabo de la cola una como mano de persona; tiene pies y manos, y las manos y pies como de mona; habita este animal en los profundos manantiales de las aguas; y si alguna persona llega a la orilla del agua donde él habita, luego le arrebatla con la mano de la cola, y le

mete debajo del agua y le lleva al profundo, y luego turba el agua y le hace vertir y levantar olas, parece que es tempestad del agua y las olas quiebran en las orillas y hacen espuma; y luego salen muchos peces y ranas del profundo del agua y andan sobre el haz del agua, y hacen grande alboroto en el agua. Y el que fue metido debajo del agua allí muere, y desde a pocos días el agua echa afuera el cuerpo del que fue ahogado, y sale sin ojos y sin dientes y sin uñas, que todo se lo quitó el *Ahuizotl*; el cuerpo ninguna llaga trae, sino todo lleno de cardenales. Aquel cuerpo nadie lo osaba sacar; hacíanlo saber a los sátrapas de los ídolos, y ellos solos le sacaban, porque decían que los demás no eran dignos de tocarle.

Es claro que el muerto sólo podía ser trasladado por hombres cuyo poder mágico-religioso les permitía un trato directo con lo sagrado. Cualquier seglar que se atreviera a manipular el cuerpo corría el riesgo de morir también ahogado o de padecer gota artrítica por el resto de su vida. El cadáver de la persona muerta por el *Ahuizotl* era considerado como contagiado de sacralidad por la forma en que había muerto: ahogado en el agua, es decir, en un elemento que tiene por dueño una doble deidad, *Tláloc-Chalchiuhtlicue*, deidades del agua celeste y terrestre, tan semejantes que esencialmente son una sola, tanto como el agua de un río o de un manantial es la misma agua que la de la lluvia.

La víctima del *Ahuizotl* es en el fondo víctima de estas deidades o, dicho de otro modo, el *Ahuizotl* es una bestia que tiene como misión capturar a los hombres que habitarán el paraíso de las deidades del agua, lugar conocido con el nombre de *Tlalocan*. El cuerpo del difunto era llevado en andas adornadas con espadañas y música de flautas delante de él para ser enterrado en uno de los oratorios llamados *ayauhcalco*, que significa "en la casa de la niebla".

Según Francisco del Paso y Troncoso *ayauhcalli* era un nombre genérico aplicable a los adoratorios construidos en los cerros o a la orilla del agua para rendir culto a las deidades de los montes, es decir a *Tláloc* y los *tlaloques*. Dos siglos después de la des-

cripción de Sahagún, en el siglo XVIII, los atributos mitológicos y religiosos del *Ahuizotl* son considerados puras fantasías, ahora es tan sólo un animal más que Clavijero describió lacónicamente diciendo:

Es un cuadrúpedo anfibio, que vive por lo común en los ríos de los países calientes. El cuerpo tiene un pie de largo, el hocico es largo y agudo y la cola grande. Tiene la piel manchada de negro y pardo. Para los mexicanos era un animal fantástico y reverenciado.

El nombre del *ahuizote*, sin embargo, ha sobrevivido para designar a los especialistas en el control mágico del temporal en un pueblo del estado de México, según el trabajo que en Xalatlaco realizaron los antropólogos Soledad González y Carlos Bravo.

La transformación que sufrió el *ahuizote* de Sahagún a Clavijero fue la misma que padecieron los monstruos de todos los tiempos, fuesen o no sagrados. Se esfumaron el misterio y el suspenso de los relatos que evocaban sus figuras y sus actos, desapareció el miedo que otros les tuvieron. Se me ocurre pensar que uno de los primeros testimonios de su franca decadencia está en la literatura, en *El fantasma de Canterville* de Oscar Wilde, donde las apariciones más horripilantes de un fantasma son recibidas con burlas y almohadazos por un par de niños norteamericanos que viven en una vieja casona londinense. En su lugar aparecerá un nuevo monstruo creado por el propio hombre, Frankenstein, antecedente fantástico de la ingeniería genética. Muchos monstruos murieron de olvido, la muerte natural entre ellos; otros aparecen repentinamente en las páginas de los libros, como el ángel que García Márquez encontró tirado en un patio, o resucitan gracias a la laboriosa memoria de escritores como Borges; otros nacieron de una

mente incendiada como la de El Bosco, al óleo y sin saltar nunca del lienzo; otros frecuentarán cada vez más las pantallas y harán del susto una especialidad cinematográfica, o recorrerán los caminos polvorientos en un viejo camión, que presenta en los pueblos el triste espectáculo de una mujer araña que cuenta su desgracia a los niños boquiabiertos... Aunque la agresividad y el mal parecen formar parte de la naturaleza humana, nuestro siglo ha sido particularmente prolífico en crear un tipo de monstruo cuyas deformaciones no están a la vista, no tiene cuernos, ni cola, ni escamas, su verdadera deformación está en sus propósitos y en el modo de realizarlos. Polifemo es un nene de pecho junto a la capacidad destructora de estos nuevos monstruos de casco y corbata que han salpicado de sangre y hambrunas el planeta entero.

## Bibliografía

- Bulfinch, Thomas, *Mitología*, (2 tomos), Editora Latinoamericana, México, 1953.
- Ciges, Aparicio y Peyro Carrio, *Dioses, mitos y héroes de la humanidad* (2 tomos), ed. Pavlov, México.
- Gaytán, Carlos, *Diccionario mitológico*, ed. Diana, México, 1965.
- Vermeule, Emily, *La muerte en la poesía y el arte de Grecia*, ed. FCE, Sección de Obras de Antropología, México, 1984.
- Mode, Heinz, *Animales fabulosos y demonios*, ed. FCE, México, 1980.
- Zweig, Stefan, *Américo Vespucio*, ed. La Prensa, México, 1962.
- González, Soledad, "Pensamiento y ritual de los ahuizotes de Xalatlaco, Estado de México". Ponencia presentada en el simposio *Cosmovisión y meteorología indígenas de Mesoamérica*, El Colegio Mexiquense, A.C., abril de 1994.
- Sahagún, Bernardino, *Historia General de las Cosas de Nueva España*, Ed. Porrúa, col. Sepan Cuantos no. 300, México, 1982.
- Robelo, Cecilio, *Diccionario de mitología nahua*, Biblioteca Porrúa no. 79, ed. Porrúa, México, 1982.
- Robelo, Cecilio, *Diccionario de aztequismos*, Ediciones Fuente Cultural, México.
- Weckmann, Luis, *La herencia medieval de México*, El Colegio de México, 1984.
- Debus, Allen, *El hombre y la naturaleza en el Renacimiento*, Breviarios, Fondo de Cultura Económica, México, 1984.



# Los fantasmas de Sien-T'ang

P'u Sung-Lin\*

Wang-Che-Siú vivía con su padre junto al lago Tung-t'ing. Eran dos hombres muy robustos, capaces de levantar a pulso un mortero de piedra, y ambos se distinguían extraordinariamente en el juego de pelota. No había nadie que fuera capaz de lanzarla tan lejos como ellos, sólo con un puntapié bien dado.

Wang-Che-Siú tuvo la desgracia de perder a su padre en plena virilidad. Un día tuvo que ir al sur, a la provincia de Hu-nam, se ahogó al atravesar el lago Sien-t'ang, que es continuación del de Tung-t'ing. Habían transcurrido ocho años desde aquella desgracia, cuando Wang-Che-Siú, por cuestiones de negocios, tuvo que dirigirse también a Hu-nam. Se embarcó y atravesó el lago Tung-t'ing. Hacía una hermosa noche y Wang se quedó en el puente del barco en lugar de marcharse a dormir.

La luna nacía por Oriente, y, bajo sus rayos, las aguas brillaban como seda. Mirando y remirando y volviendo a mirar para ver mejor Wang acabó por descubrir a lo lejos, en aquella faja luminosa, cinco figuras humanas que salían del agua. La visión se tornó más clara: los fantasmas desenrollaron una gran estera, que extendieron sobre la superficie del lago, y que cubría aproximadamente media fanega.

Entonces llegó hasta Wang ruido de platos y copas, más grave y fuerte que el de los utensilios terrestres.

Tres de aquellos personajes estaban sentados en la estera y dos les servían. Entre los primeros había uno vestido de amarillo y

dos de blanco, y los tres se cubrían con gorros oscuros; sentados muy juntos, erguían el cuerpo de manera singular y majestuosa. A la luz difusa de la noche, Wang no distinguía bien a los criados; ambos vestían de negro con ropas muy amplias según parecía vistos desde allí, uno de ellos debía de ser muy joven y el otro ya entrado en años.

De pronto, en medio de la gran calma de la noche, llegó, sobre la superficie del agua el sonido de una voz. Wang supuso, observando un movimiento simultáneo a las palabras, que el que hablaba era el personaje vestido de amarillo:

—¡Qué placer beber juntos, con una luna tan clara como ésta!

A lo que contestó uno de los otros:

—Sí, en un paisaje así, parece que se está viendo al rey del sur, dando una fiesta sobre los promontorios de praderas floridas.

Luego, los tres se divirtieron haciendo flotar sobre el agua sus tazas de metal pero bajaron la voz y dejaron de oírse sus palabras. Junto a Wang, los hombres de la tripulación, que también habían visto aquello, observaban inmóviles y sin respirar. Wang fijaba su atención en los fantásticos criados: el más viejo se parecía mucho a su padre, pero cuando hablaba, la voz no era la suya. Sería medianoche cuando se oyeron estas palabras:

—Aprovechemos la luz de la luna para jugar un partido de pelota.

Inmediatamente el criado más joven se sumergió y reapareció unos instantes después trayendo en las manos una pelota de superficie luminosa, que parecía de azogue. Los tres personajes se levantaron, y el de amarillo invitó al criado más viejo a tomar parte en el juego. Él no se hizo de rogar, y a la primera jugada tiró la pelota al aire, lanzándola a una distancia de muchas tocas.

\* P'u Sung-Lin (1622-¿?) Es uno de los clásicos chinos. Sus cuentos se publicaron hasta 1740 con el título de *Liao Tschai Tschai* (*Los extraños cuentos de Liao Tschai*). La presente edición fue tomada de la *Antología de Cuentos* de R. Menéndez Pidal, editorial Labor, Barcelona, 1969.



Su brillo deslumbraba. Pero ya no pudo volver a cogerla, y la pelota cayó con estruendo sobre el puente de la embarcación.

Wang no pudo resistir a su instinto de jugador: se levantó y arrojó la pelota con todas sus fuerzas. Le pareció extraordinariamente ligera, y creyó que la había roto. Pero la pelota subió rápidamente, iluminada por dentro con todos los colores del arco iris, y volvió a caer como un aerolito, esta vez en el agua, que la tragó con un ruido profundo.

Los tres personajes se pusieron furiosos. Se les oyó decir:

—¿Quién es el ser vivo que se atreve a perturbar nuestros juegos?

El criado más viejo intentó calmarlos:

—No os irritéis. Ha sido mi hijo, que es muy travieso.

Pero sus palabras exasperaron más a uno de los personajes vestidos de blanco.

—¡Viejo insolente! ¿Y eso te parece una gracia? Ve deprisa con el negro y tráeme al autor de la proeza, si no quieres pasarlo mal.

Wang no veía modo de escapar, pero a pesar de todo, no tenía miedo. Navaja en mano, de pie y al descubierto, se puso en guardia en medio del barco. Los otros blandiendo sables, saltaron en un rayo de luz y fue entonces cuando Wang reconoció a su padre y le llamó:

—Padre, es tu hijo quien está aquí.

Se miraron con desesperación, y durante ese momento desapareció el criado más joven.

—Escóndete deprisa— dijo el viejo—. Si no, estamos perdidos.

Pero ya los tres personajes llegaban a toda prisa y escalaban la borda. Tenían los rostros negros como laca y las niñas de los ojos mayores que aceitunas. Apartaron al viejo y se lanzaron sobre Wang. Entablóse una lucha terrible: el barco temblaba, las jarcias se rompieron. Finalmente Wang, de un violento navajazo, cortó un brazo al que iba de amarillo, que cayó al agua y desapareció. Quedaban los dos de blanco. Uno de ellos se arrojó contra Wang, pero él le dio un tremendo tajo en la cabeza, que le abrió el cráneo, precipitándolo por la borda del barco. El único superviviente huyó.

Los marineros que navegaban aquella noche por el lago Tung-t'ing, vieron desde muy lejos, cómo surgían del agua enormes gargantas, abiertas y profundas como un pozo. Por todas partes se precipitaban las olas con estruendo en aquella dirección y de repente, surgió una tromba que se elevó hacia el cielo estrellado.

Las embarcaciones eran sacudidas como si fuesen cribas de trigo. La que más peligro corría era la de Wang. Tenía por lastre dos tambores de piedra, que pesaban más de cien libras cada uno. Wang cogió uno de ellos y lo tiró por la borda; cayó con un ruido de trueno y las olas ya no subieron tanto. Soltó ancla y la tempestad amainó.

Junto a él se encontraba su padre, pero Wang no se le acercaba mucho, temiendo que fuera un alma en pena. Él adivinó el recelo de su hijo y le tranquilizó:

—No, no estoy muerto. De los dieciocho hombres que aquel día se ahogaron, todos fueron devorados por los demonios de las aguas, excepto yo, que me salvé por mi habilidad como jugador de pelota.

Padre e hijo cogieron los remos y, de acuerdo con la tripulación, se llevaron el barco rápidamente, lejos de aquel lugar maldéfico. Cuando amaneció descubrieron en el puente una enorme aleta del delfín que medía cinco pies de largo: era el brazo cortado del personaje vestido de amarillo.



# ¿Cómo bautizar monstruos?

Luisa Ruiz Moreno

Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades  
Universidad Autónoma de Puebla

Dado que en esta oportunidad *Elementos* dedica el número al tema de los monstruos, quisiera compartir con sus lectores algunos apuntes de investigación que hubieran permanecido, de otro modo, como una partitura sin ser ejecutada; tal como lo dijera Paul Valéry a propósito de los textos que permanecen sin lectura.

De los numerosos y curiosos manuales para párrocos que contiene la Biblioteca Palafoxiana de Puebla, y que circulaban a discreción en Nueva España, quisiera detenerme en uno. Para ser precisos, no se trata de un manual entero sino apenas de unos párrafos que pongo de inmediato a disposición del lector.

Antes de transcribir esos párrafos, conviene recordar que los mencionados manuales eran libros fáciles de llevar entre las manos —como su nombre lo indica— y fáciles también de consultar, pues contenían sólo lo esencial sobre la forma de administrar los Sacramentos y de ejecutar otros actos eclesiásticos. Ellos, junto con las Biblias y los Catecismos, integraban la biblioteca de cabecera de los clérigos formados en los colegios de Puebla bajo la impronta de la iglesia secular y contrarreformista.

Debemos, entonces, focalizar nuestro texto desde la perspectiva del espíritu barroco y ubicar sus coerciones de escritura en el ima-

ginario mexicano del siglo XVIII. Por lo tanto, estamos frente a una secuencia que ha sido extraída de una totalidad discursiva mayor que no podemos perder de vista. Pasemos, pues, a la lectura:

*Manual de Párrocos Para la Administración de los Sacramentos Del Bautismo y Penitencia. Enteramente conforme al Ritual Romano mandado a publicar por Paulo V.*

*Sale a luz en esta impresión para el más cómodo uso de los Padres Capellanes del Hospital General de San Andrés Apóstol de México. Por Don Felipe de Zúñiga y Ontiveros, calle del Espíritu Santo, año de 1789.*

- En bautizar Monstruos, si llegare el caso, se procederá con gran cautela: sobre lo cual, siendo necesario, se consultará al Ordinario del Lugar, o a otros inteligentes, si no es que amenace peligro de muerte.
- El Monstruo que no tuviere aspecto humano, no debe bautizarse: y si de esto hubiere duda, bautizese bajo esta condición: *Si tu es Homo, Ego te baptizo, &c.*
- Pero el Monstruo de quien se dudare si es una o más personas, no se bautize hasta que esto se conozca: y puede conocerse si tiene una o más cabezas, uno o muchos



pechos, porque en este caso otros tantos serán los corazones y las almas, y otros tantos distintos hombres; y entonces cada uno separadamente *ha de bautizarse*, diciendo a cada uno al infundirle el agua: *Ego te baptizo, &c.*

- Mas si les amenazare peligro de muerte, y no hubiere tiempo para que separadamente se bautize cada uno, *podrá* el Ministro, infundiendo el agua sobre la cabeza de cada uno, bautizarlos todos juntos, diciendo: *Ego vos baptizo in nomine Patris, & filij, & Spiritus Sancti.*

- Pero de esta forma de *bautizar* muchos juntos a un mismo tiempo, nunca es lícito usar *sino* solamente en estos y semejantes peligros de muerte, y cuando el tiempo no permite que cada uno en particular se bautize.

- Mas quando no es cierto que el Monstruo está compuesto de dos Personas; pero se duda si lo esté, porque en él no se distinguen bien ó dos cabezas, ó dos pechos, entonces *debe* primero *bautizarse* absolutamente el uno, y después condicionalmente el otro, diciendo: *Si non es baptizatus, Ego, te baptizo in nomine Patris...*

Como podemos ver, este texto –recortado de otro que le sirve de continente: un manual editado de manera especial para los Capellanes de un nosocomio de México, el Hospital General de San Andrés Apóstol– responde a una pregunta: ¿Cómo bautizar monstruos? Cuestión que habrá sido particularmente acuciante para los curas cuyo desempeño tenía lugar entre los fieles hospitalizados, puesto que no hemos encontrado estas instrucciones en otros manuales para párrocos ordinarios. Me refiero a los clérigos a cargo de parroquias donde los feligreses eran más variados y presentaban otro

tipo de problemas.

Por ejemplo, en otros manuales encontramos instrucciones igualmente precisas pero que responden a preguntas muy distintas: ¿Cómo bautizar indios? ¿Cómo bautizar españoles? Pero tanto unas preguntas como las otras provienen de un mismo problema de carácter más bien formal, puesto que inferimos de sus respuestas que ellas se enfocan en el *cómo* y no en el *qué* son los indios, los españoles o los monstruos.

Dejando totalmente de lado las cuestiones sustanciales –puesto que el *cómo* mencionado no pide tampoco una descripción de *cómo son* esa clase de personas– estos resúmenes eclesiásticos se especializaban en socorrer de manera práctica las angustias de los párrocos, las cuales no siempre eran originadas por los sujetos con quienes se relacionaban. Más bien, ellas parecen provenir de la relación de los curas con el sistema de valores instaurado por la propia ideología religiosa y su consecuente dogma.

En efecto, según nuestro texto de referencia, los monstruos pueden estar ahí y el asunto no es preguntarse qué ni cómo son. La pregunta es *cómo hacer frente a*, es decir, el dilema está centrado en la acción que el agente eclesiástico debe ejercer para administrar el sacramento del bautismo, cumpliendo rigurosamente con todos los preceptos, pero adaptándolos, claro está, a la especial circunstancia del encuentro con un monstruo.

En consecuencia, es una estrategia de la acción lo que está relacionando al autor de este manual, en posesión de un *saber hacer* presto a transmitir, con su lector, en posesión de un *no saber hacer*, necesitado por lo tanto de útiles consejos.

Ahora bien, antes de seguir adelante, de-



bemos dejar en claro cuál es el concepto de monstruo implícito en esta exposición de instrucciones prácticas. La aclaración se hace necesaria porque hoy en día llamamos monstruo o calificamos de monstruosas a muchas y diversas cosas, apropiándonos del término en toda su extensión semántica, tal como los diccionarios actuales nos autorizan. Pero si nos restringimos al *Diccionario de Autoridades*, manifestación del paradigma lingüístico del siglo XVIII, veremos que en la jerarquización de acepciones de "Monstruo" —donde también están contenidas las que hoy son de uso corriente— hay una que ocupa el primer lugar: "Parto o producción contra el orden regular de la naturaleza. Viene del Latino *Monstrum*". He ahí por qué la administración del sacramento del bautismo a los monstruos es un problema específico de los curas de hospitales y no de las parroquias.

Habiendo hecho este deslinde podemos segmentar el texto en secuencias de sentido. Aunque bien mirado, sólo tenemos que destacar la fragmentación que el propio texto nos ofrece en cada una de las marcas del punto y aparte. Tenemos, entonces, seis segmentos textuales fácilmente distinguibles.

Vayamos ahora por partes, tratando siempre de ir capturando el sentido según un ejercicio combinado de separación y de integración de las partes con la totalidad del párrafo en cuestión.

Del fragmento inicial retenemos que se da la orden de *proceder*, con gran cautela, por supuesto, la cual consiste en consultar a los inteligentes: en primer término, al Juez Eclesiástico, que es el Vicario o el Obispo mismo —pues esto quiere decir "Ordinario del Lugar"; en segundo término, a otros considerados como tales. Pero todo esto si hay tiempo, porque si el monstruo está por

morir *hay que bautizar* sin más disquisiciones.

En el segundo apartado se da la orden: *bautizese*, e inmediatamente se pone una condición: que el monstruo sea humano pese a aparentar que no lo es. Aquí resulta interesante la duda que se contempla, porque primero dice que si el monstruo no tiene aspecto humano no debe recibir el sacramento y, casi al mismo tiempo, aparece la duda entre el *ser* y el *parecer*: ¿Y si es humano aunque parezca otra cosa?

En tercer lugar viene el asunto de la cantidad de personas a las cuales se bautiza, que había sido, y era todavía en el siglo XVIII, motivo de separación entre las órdenes religiosas y la iglesia secular. Por ejemplo, a los frailes se los acusaba de haber bautizado a los indígenas masivamente y esto se consideraba un grave error puesto que se debía bautizar atendiendo a la singularidad de la persona. Entonces, si el monstruo presentaba órganos dobles, esto podía querer decir que estaba constituido por más de una persona y en este caso la orden es que *ha de bautizarse*, pero separadamente a cada uno de los individuos que integran el monstruo.

Sin embargo, el párrafo cuarto recuerda otra vez que el monstruo puede encontrarse en estado de gravedad y morir de un momento a otro, pues es el producto de un parto anormal. En este caso el tiempo apremia y si se procede al bautismo individual —que es lo correcto— podría ocurrir que mientras se bautiza a una persona del monstruo las otras se mueran.

Así las cosas, el autor prescriptivo del manual ordena *bautizarlos todos juntos* cambiando el singular de la fórmula (te baptizo) por el plural (vos baptizo).

A continuación se manifiesta la preocu-



pación del autor por no quedar en contradicción en una cuestión tan delicada y sobre la que se había insistido tanto. La Iglesia ya había puesto orden en esto de que no se debía bautizar colectivamente y mucho se había culpado a las órdenes regulares por hacerlo, de modo que el apartado cinco es una aclaración del anterior. No niega que se bautice juntos a todos los miembros del monstruo; al contrario, se refuerza la idea de llevar a cabo la administración del sacramento reforzando, justamente, la condición que lo permite: los peligros de la muerte.

El fragmento número seis vuelve sobre el tercero, porque allí se trataba del caso en el

cual, después de la duda, se tenía la certeza de que el monstruo estaba compuesto por varias personas, ya que tenía varias cabezas o varios pechos (por consiguiente varios corazones y almas, que serían la distinción humana). En cambio, en las consideraciones de este sexto párrafo se toma en cuenta la posibilidad de que la distinción entre un miembro y otro no sea tan nitida y entonces se vuelve a introducir la duda sobre la cantidad a bautizar.

Así, asumiendo la inseguridad sobre el número de bautizandos que puede presentar el monstruo, no se retaca la prescripción, pues se ordena también *bautizar*; eso sí, tomando rigurosas precauciones para no repetir el bautismo.

Los matices tomados en cuenta en este trozo final responden a otro problema, muy serio también, en el México del XVIII y de siglos precedentes. Se trata de lo siguiente: el dogma dice que una persona debe ser bautizada una sola vez en su vida, pero en territorios novohispanos sucedía a menudo que los indios se hacían administrar el sacramento varias veces. Y también se les reprochaba a los frailes el no haber sido cuidadosos con algo tan esencial. Las críticas al respecto mostraban a los frailes ejerciendo demagogia frente a los indios porque preferían dejar de lado lo estricto de la Iglesia

para amoldarse a los hábitos indígenas. De ahí puede deducirse el gran poder que los regulares tenían en el medio indígena, poder que había que devaluar cuestionando sus modos de surgimiento a fin de erigir el nuevo poder contrarreformista de la Iglesia secular.

Así es que con tanto mar de fondo no era cuestión, tampoco en este punto, de entrar en contradicciones. Por lo tanto, el autor de este manual decide ser coherente con la ideología que sustenta, y retomando las indicaciones dadas por Palafox y Mendoza en su Manual de 1641, ordena que se bautice primero a un integrante del monstruo y al otro

después, pero *sub conditione* de no haber sido ya bautizado, lo cual se entiende así: de no haber sido bautizado en la parte del otro, puesto que tal vez no son dos personas sino una.

Ahora bien, ¿qué nos dice todo esto? Si repasamos la lectura que hemos hecho de cada uno de los segmentos textuales,

veremos que hay un rasgo semántico que se mantiene constante en los seis apartados y que nosotros hemos destacado con toda intención. Ese rasgo es la orden *bautícese*, que va marcando una línea de sentido que atraviesa cada uno de los razonamientos que se ofrecen al cura, problematizado ante el monstruo que acaba de mal nacer y que puede mal morir. La orden es positiva aun contemplando todos los “peros” y conlleva un doble socorro: al cura, que se pregunta cómo y qué hacer, y, al monstruo, para que no se quede sin bautismo.

¿Por qué es tan importante que el monstruo sea bautizado? Por un lado, esta pregunta encuentra respuesta en el propio discurso del cristianismo que tiene en perspectiva la salvación de la humanidad —la salvación, se entiende, de la muerte definitiva— y como valor complementario la promesa de la vida eterna. Dice el famoso Catecismo de Pouget (1732):

Nadie puede entrar en el Reyno de Dios sin renacer primero por el agua, y el Es-





piritu Santo. Porque todos los hombres murieron en Adán por el pecado original; y todos los que reciben el Bautismo, reciben la vida de Jesu-Christo.

Por otro lado, también encontramos respuesta en la lógica incluyente de ese mismo discurso que alimenta un proyecto universal; se trata, pues, de salvar a todos los hombres aunque ellos sean monstruos.

Pero tanta insistencia en bautizar, como se ve, en este breve texto en el que nos hemos detenido, como en tantos otros con los que forma la gran red intertextual del cristianismo, ¿no pone más bien el acento en la propia acción de ejercer el sacramento que en el objetivo de acceder a la salvación por ese medio?

Parciera que lo importante para este discurso no es propiamente el monstruo, ni el hombre que pudiera estar en su interior, sino que se ejerza la función sistemática de bautizar para incorporar en sus dominios a todo lo que esté fuera de ellos. El sujeto, entonces, no sería ni el hombre, ni el monstruo, ni el bautismo, sino la propia acción transformadora del bautizar que los instauro como objetos para apropiarse de ellos.

Evidentemente, toda inclusión presupone una exclusión, así como toda apropiación presupone un desprendimiento. En efecto, el acto de bautizar abre la puerta de la *salvación* al individuo que recibe el sacramento, el cual queda marcado para siempre por ese rito iniciático. Y en el mismo acto, el individuo que no recibe el bautismo queda marcado por la muerte y la desposesión de la vida. La diferencia es que el estigma de la exclusión de la vida que posee este último no es para siempre, porque se ha convertido en un posible objeto de inclusión. Y todo el dispositivo evangelizador estará focalizando su mira sobre él.

En consecuencia, el no bautizado se convierte en el objeto de apropiación del *hacer* transformador del cristianismo. Para lograr su propósito, lo hemos visto en el texto precedente, este ejercicio de incorporación que

es el bautismo está dispuesto a dar, a otorgar el propio bautismo antes que a retacarlo. Las precauciones se toman, por supuesto, y se ponen condiciones, pero ante la posibilidad de perder se da. El don tiene dos figuras de representación, el agua y la palabra: "*Ego te baptizo*".

Así, la lectura de este texto prescriptivo sobre el bautismo de los monstruos nos ha dado la ocasión de remontar un poco el cauce de sus fuentes y de comprender, también un poco, las razones que lo sustentan y que le han dado lugar a la existencia.

Pero, además, ¿qué otra dirección de sentido podríamos rastrear a partir de estas breves reflexiones? Me parece que de manera

natural se ha ido perfilando otro implícito que acompaña a este sistema de inclusiones permanente y universal: no dejar nada librado a la duda. Puesto que, si en todos los casos de bautismo se pensó y se dieron instrucciones al respecto, no debe dejar de pensarse "en bautizar monstruos, si llegare el caso..." y de prodigar al interesado las consecuentes disposiciones explicativas y resolutorias. Esto se inscribe en una discusión correlativa a la secularización y propia de la contrarreforma católica: la del libre albedrío. El manual contempla la angustia del párroco frente a la presencia del monstruo, *qué y cómo hacer* con el bautismo, y la resuelve dando la orden: *bauticese*.

Haberle resuelto el problema al clérigo es haberle arrebatado el ejercicio de pensar, y, por ende, de encontrar una solución propia aunque ella se ajustara al dogma. El sistema verifica aquí su coherencia: apropiación y don, o, mejor dicho, dar para poseer. El cura como el monstruo, comparten, pues, el mismo destino de inclusión al ser destinatarios de la dádiva.

El monstruo, como su par, no sería, entonces, en este contexto, más que un espacio de actuación sobre el que se realiza el intercambio y una oportunidad, entre otras, donde se ejercita y consolida la lógica de la salvación universal.





# La mamera

Idolina Velázquez  
Facultad de Filosofía y Letras  
Universidad Autónoma de Puebla

El zanate desapareció con el ala rota, entre los peñascos. Lo pienso ahora que veo a algunos sobrevolar en los árboles del patio.

Recuerdo que levanté la escopeta, todavía oliendo a pólvora, cuando mi padre se fue en busca de la presa. Al cabo de varios minutos regresó cargando un enorme huevo.

—¿Qué pasó?— dije.

—En lugar del pájaro mira lo que encontré, parece de águila— contestó mientras subíamos a la camioneta.

Desde esa noche empecé a escuchar ruidos diferentes a los de la calle. La primera vez sentí que algo se movía, enseguida me tapé hasta la cabeza. Casi me sofoqué bajo las colchas cuando oí, claro, que la puerta se abrió. Como pude, aguanté la respiración unos segundos hasta que sólo sentí mis tripas gruñendo. Prendí la luz. Todo quieto.

Artemio respiraba tranquilo. Después de eso no ha querido mamar, sólo se la pasa durmiendo, por eso lo sacaron de mi cuarto. Esa misma noche, un par de ojos, quietos, me observaron en la oscuridad. Traté de dormir, pero cuando estuve sosegado, sentí un soplo rozando mi cara, como cuando las palomas, en la catedral, bajan del vuelo para comerse las migajas. Su aliento me paralizó. Los dedos de los pies empezaron a hormigucarme, sentí un vapor caliente cubriéndome, tuve que cerrar los ojos. Luego una piel tibia oprimió mis labios hasta que los abrí. Apreté los dientes y salió un chizguete de leche, hice un buche para tragarla. Enseguida intenté zafarme pero se movió rápido. Pude ver un bulto grande suspendido sobre mí. Quise aventarle un manotazo pero del miedo no pude. Empezó a revolotear por el cuarto, de pronto se perdió.

Por la mañana un dolor de estómago me

despertó. Con agua fría traté de reanimarme antes de entrar a ver a mi hermano.

—Serapio, creo que la madre te siguió— dijo mamá a mi padre. Se veía preocupada.

—Cómo crees mujer. Después de agarrar el huevo nos venimos volados en la troca, nadie nos vio.

—¿Estás seguro?

—Sí, además ya revisé el desván—replicó papá al salir de la recámara.

Artemio mamaba sin ganas, le salía un hilito de leche por la boca. No soporté verlo y salí. Mamá me dio a beber un remedio y me mandó a descansar.

No quería estar solo en mi cuarto hasta que ella consintió en quedarse conmigo. Tendido en la cama trataba de recordar lo que había pasado, pero el sueño me ganó.

No sé cuánto tiempo he dormido. Ya oscureció y mi madre se fue. Siento de nuevo su presencia, ¿qué hago?, está sobre los barrotes de la cama, cerca de mis pies, vigilándome. Sus pezuñas raspan la madera, se



acerca. Sus ojos siguen fijos en mí. Extiende las alas: son muy grandes. Tengo que llegar a la puerta. Si salto me va a ver. Ya está ¡a la puerta! ¿Qué pasa? ¡Viene hacia acá, me va a tirar!

Salió al momento que abrí: era un pájaro tan grande como el que encontré por la mañana cuando nació Artemio. Ese día, papá enterraba un envoltorio ensangrentado.

—¿Qué es eso?— le pregunté de pie junto al agujero.

Hizo a un lado la pala, levantó la cara y se sacudió el sudor de la frente con los dedos.

—La placenta, la bolsa en que vino tu hermanito —contestó sonriente—. Ve a juntar los limones —me ordenó.

Del limonero más alto colgaba el pájaro blanco y patudo. Mi padre llegó a bajarlo en cuanto lo llamé. Dos cuartas y tres dedos tenía de largo su pico.

—Es la cigüeña —dijo—, después de traer a Artemio fue azotada contra el árbol por la tormenta. Aseveró mientras la echaba al hoyo encima de la placenta cubriéndola con la primera paletada de tierra.

—¡Papá, mamá, vengan pronto! —grité asustado cuando vi que el pajarraco se había ido.

—¿Qué sucede hijo? —preguntó ansiosa mi madre.

—Salió un buitre de mi cuarto! Voló por el pasillo.

—¡Está aquí! Tenías razón mujer —dijo excitado mi padre, con la escopeta en la mano.

—Todo por el maldito huevo que le sacaste —dijo mamá con reproche.

—Pero mujer, ¿quién asegura que era de ella?

—¿De quién más? ¿No viste cómo enfermó a los niños?

—También tú eres responsable... meter a Artemio apenas de ocho meses en el cuarto de Agustín, ella lo aprovechó.

—Es que tú siempre quieres que esté contigo...

Sin replicar más, papá encendió la luz del pasillo y corrió hasta el desván. Salimos tras de él. Pasaron algunos minutos, de pronto se escucharon tres disparos. Esperamos cer-

ca de la puerta, enseguida salió con el animal cubierto de periódicos viejos y goteando sangre. Mi madre me abrazó asustada.

Empezaba a clarear cuando llegamos. Era un lugar desierto, únicamente había piedras y cactus. Caminamos un buen trecho, al pie de las peñas papá me detuvo poniendo la mano sobre mi pecho. Avanzó escalando entre las rocas. A cierta altura se detuvo y desde allí arrojó el envoltorio que voló por los aires zafándose del papel. Cayó en medio de los brazos de un cacto; el cuerpo quedó atascado por las espinas y la cabeza colgando hacia un lado.

Antes de partir, dos zopilotes empezaron a peleárselo jalándole cada uno sendas alas. Descubriéndose el pecho, ocultos por el plumaje, aparecieron dos bultos redondos.

—¡Es un buitre con tetas!

—Sí, la mamura —dijo papá con voz pausada.

—¿Por qué no la enterraste en el huerto como a la cigüeña?

Papá me vio sin decir nada, levantó un puñado de tierra dejándola caer suavemente. Sacudiendo con furia el polvo que quedaba en su mano, dirigió su vista hacia donde la mamura estaba siendo devorada.

—En la tierra jamás. Es ave de mal agüero —dijo.





# De la normalidad

E. Olluc  
Centro Médico  
Universidad de Chicago, E.E.U.U.

*Apenas se examina con detenimiento esta dificultad, se advierte que nos enfrentamos no tanto a una diversidad de realidades como a una pluralidad de significados.*

Octavio Paz

¿Tiene algo que decir la ciencia moderna en torno a los monstruos? ¿Existen aún estos seres? La pregunta por lo monstruoso parece hacer referencia a un problema anacrónico, ya que la normalidad en el mundo moderno es un problema estadístico y no hace referencia a formas únicas e inmutables. En el concepto moderno, lo monstruoso aparece como parte de lo normal, es su contrapunto, extremo en un continuo que va de monstruosidad a monstruosidad pasando por la normalidad.

Los "monstruos" resultan de alteraciones que en el proceso de desarrollo puede sufrir cualquier organismo biológico. Lo monstruoso aparece en las ciencias médicas contemporáneas explicado en su causalidad y por tanto se considera un fenómeno conocido. Las causas de la deformidad humana se consideran de dos tipos: I) genéticas, es decir que se deben a una alteración en la información contenida en el código genético del individuo, II) congénitas, esto es, que se deben a una alteración durante el desarrollo del individuo el cual tiene, por otra parte, un código genético normal. En un caso la descendencia recibe los genes anormales y la alteración se transmite a los descendientes; en el otro, el sujeto es genéticamente normal. Claro está, nadie habla de monstruos a pesar de que el mirar algunas deformidades humanas cause escalofrío. De hecho, la idea misma de monstruo causa rechazo entre la comunidad médica que percibe en esta deno-

minación una referencia peyorativa.

Escribe Canguilhem, refiriéndose al problema de definición de la normalidad:

Por lo tanto si lo normal no tiene la rigidez de un hecho de obligación colectiva sino la flexibilidad de una norma que se transforma en relación con condiciones individuales, es evidente que la frontera entre normal y patológico se hace imprecisa. Pero esto no nos conduce para nada a afirmar la continuidad entre una normalidad y una patología idénticos por esencia, a afirmar una relatividad de la salud y de la enfermedad suficientemente confusa como para que se ignore dónde termina la salud y dónde comienza la enfermedad. La frontera entre lo normal y lo patológico es imprecisa para los múltiples individuos considerados simultáneamente, pero es perfectamente precisa para un solo idéntico individuo...

La teratología es la rama de la ciencia que estudia el origen, desarrollo, descripción y clasificación de las malformaciones congénitas en plantas y animales. Éste es un conocimiento cuyas aportaciones han sido sumamente trascendentes, por ejemplo, la observación de que el contacto con el virus de la rubéola durante las primeras semanas del embarazo produce alteraciones congénitas en el feto, o el estudio del nacimiento de niños focomélicos (con un desarrollo incompleto de las extremidades) que fue producto del uso de la talidomida. En la actualidad, el



avance del conocimiento en genética y del desarrollo de los seres vivos, permite manipular sus genes de manera tal que es factible crear monstruos, por ejemplo moscas con varias alas, o con infinidad de pies, moscas que se paralizan con el calor, moscas temblorosas; es también posible activar, suprimir o introducir de manera controlada ciertos genes en animales superiores como la rata; con ello, queda de manifiesto que somos capaces de alterar la forma y función de seres biológicos sujetos a estas manipulaciones, y ¿por qué no? la herencia del hombre. En este caso, quizá, la palabra monstruosidad deba aplicarse a esta sola posibilidad que indudablemente abre las puertas del cielo y el infierno de manera simultáneamente.

¿Qué decir de los monstruos fantásticos, los intangibles, los que aparecen y desaparecen; los que son sutiles y de quienes sólo percibimos su aliento, su presencia? ¿Acaso hemos perdido nuestra capacidad de azorarnos? Parecen haberse esfumado; ya nadie piensa en que un hoyanco es la pisada de un gigante; cuando se descubren destrozos inexplicables se atribuyen a naves extraterrestres, pero nunca más al jugueteo desenfrenado de las salamandras. Los niños ya no se espantan con los gigantes, quizá ni les conocen. Los gnomos están en plena decadencia

y no se concibe más la riqueza como símbolo de su ayuda; seguramente nadie creería que un político honesto se ha hecho rico con la ayuda de un gentil gnomo que habita un árbol de su jardín. Qué decir de las sirenas, ya ni los marineros acuden a su llamado y su canto se pierde en el rumor de la maquinaria de los grandes buques; se sabe que cuando se acercan a los barcos muchas de ellas han muerto entre las aspas de las hélices.

Salamandras, ondinas, sílfides, grifos, todos ellos han desaparecido del mundo moderno y habitan la soledad de las bibliotecas. Están todos en el desván de nuestra imaginación y han dado paso a Heman, Superman, Batman y otros manes. Nuestra racionalidad les ha obligado a refugiarse; el mundo contemporáneo ha creado nuevos monstruos, pero éstos son de metal, algunos tienen ruedas o usan corbata y quepi; también los hay plásticos, ni hablar del Nylon, monstruo pegajoso que nos envuelve y acalora.

No cabe duda, al ver algunos rascacielos, que los gigantes han dejado su huella en este mundo; antes eran sutiles, generosos, ahora son inmóviles, de concreto. Ni hablar de las sirenas, las olas sólo piensan en ellas y pretenden imitarlas. Los gnomos discurren sabiamente por los circuitos de las computadoras, en ocasiones nos dan muestra clara de sus caprichos.

Debo añadir, eso sí, que es preferible que las sirenas y otros seres permanezcan alejados del hombre, ya que, si bien antiguamente ellos ejercían una especial fascinación sobre éste y las ninfas podían cautivarle hasta llevarlo a la unión carnal y procreación, actualmente lo más probable es que la ninfa o sirena atrevida que logre entrar en contacto con el hombre termine en una mesa de autopsia en un centro de investigación teratológica, tal como ha sucedido con los fragmentos del cerebro de Einstein, que fueron extraídos para su estudio, o con los múltiples segmentos que se han separado del cuerpo del hombre primitivo que, durante cinco mil años, permaneció oculto, inmóvil, momificado en los Alpes.

La racionalidad del hombre moderno es un cuchillo filoso que todo lo rompe y rasga,

es la curiosidad desenfrenada del niño destructor que se ha convertido en ejemplo de perseverancia e inteligencia. Son los ojos de Superman que miran con sus rayos X a través de los muros, el láser que sondea nuestro cuerpo, la mirada que nos atraviesa y explica.

Imagino el bisturi del cirujano aproximándose a la tenue piel que atraviesa los cuerpos de los mellizos, uniéndolos. La piel que une y separa. El bisturi que secciona el falo del hermafrodita, recorta los pies del gigante, transplanta segmentos al gnomo, bisecta la cola de la sirena. El pie que hace sombra, forzado en el zapato. El bisturi es el símbolo del saber contemporáneo que, siguiendo la máxima del filósofo, ha decidido transformar el mundo, corregir la deformidad, eliminar de nuestro diario hablar la palabra monstruo, imponer la normalidad.

Los monstruos son y serán un elemento indispensable para el hombre que, en ellos, se reconoce como en un espejo, igualdad invertida, similitud que se niega. Los monstruos son nuestra mirada atenta en el alma que descubre la fealdad, la luminosa belleza, lo extraño y recóndito. Seres que nos habitan y asoman por nuestros cuencos cuando la locura se posesiona de nosotros.

En el mundo moderno los nuevos monstruos lo son no por su apariencia, como en la Antigüedad, sino por su comportamiento. El galanteo obsceno con las vírgenes del café es una monstruosidad que recibe castigo, como cadenas recibieron los gigantes Ildebrando y Sigenoto. El vómito, la risa estruendosa, los eructos y el rascado complaciente y sensual son los nuevos monstruos que hacen huir a las jóvenes doncellas y enfadan a sus mancebos. El buen comportamiento, la seriedad, la sonrisa delicada, los dientes bien cuidados y lustrosos, el perfil atlético son la nueva normalidad. Suave, etiquetado, discreto es el fluir de nuestras relaciones. Agazapados, habitándonos, corroyéndonos, nuestros monstruos esperan el momento de la melancolía, la ira, el desenfreno, nos habitan y les damos cobijo. Cuando se expresan damos rienda suelta a nuestros -y sus- deseos; somos pervertidos, incestuosos, viciosos, pendenciosos; somos melancó-



licos, silenciosos; compartimos con ellos el mundo, su aliento da fuerza a acciones monstruosas que reciben pronto castigo y son reprimidas.

Los monstruos han dejado de asombrarnos, lo mismo que el amanecer no nos conmueve más.

Conocemos los orígenes de la monstruosidad, sabemos del alma y la creación; la fantasía es inútil e improductiva en un mundo profesionalizado y competitivo. Imaginar, fantasear, perder el tiempo en pláticas interminables con seres inexistentes es ser un anormal; en nuestro mundo industrial, postmoderno y ecologista, perder el tiempo en inútiles y excitantes fantasías es visto como algo monstruoso; pero sin duda, lo es verdaderamente la actitud de la madre que gimiendo desesperada decide sacrificar al pequeño que, descuidadamente, descansa haciéndose sombra con su enorme pie.

## Bibliografía

Georges Canguilhem, *Lo normal y lo patológico*. Siglo XXI, México, 1978.

Octavio Paz, *Conjunciones y disyunciones*, Joaquín Mortiz, México, 1969.





## ANIMALES FABULOSOS Y DEMONIOS

HEINZE MODE

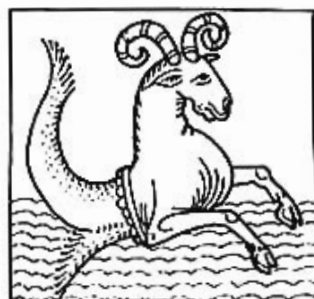
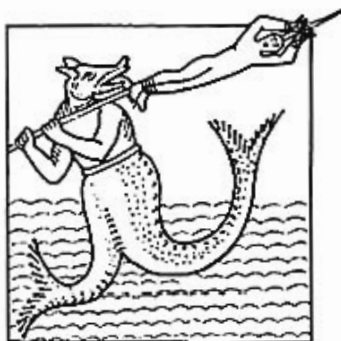
Fondo de Cultura Económica, México, 1980.

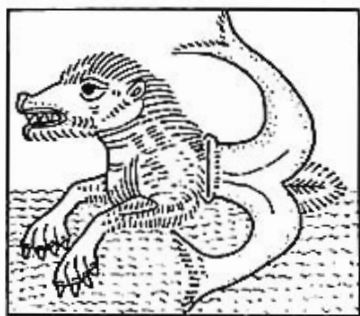
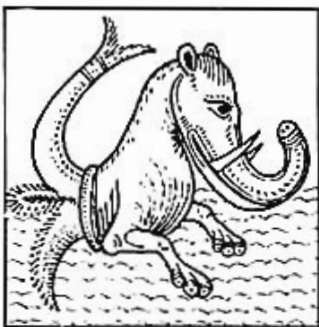
Hermoso libro, tanto por su factura y diseño, como por su contenido. Comenzaré por transcribir el texto de la solapa, lacónico y anticipatorio de lo que nos espera páginas adelante.

He aquí la galería de animales fabulosos y demonios que, desde milenios, han aparecido en los mitos y religiones de los pueblos. Son seres con figura antinatural y con fuerza sobrenatural: ángeles, demonios, dragones, grifos, centauros, etcétera. Aquí recobran su contenido ideológico y su continuidad histórica.

El libro principia con una larga introducción del autor en la que se alude al origen de estas quimeras como el producto de la sociedad de castas, aseveración con la que no estoy de acuerdo. Mode esgrime al respecto que las condiciones sociales reflejadas en la concepción de los seres míticos y los cuentos de hadas o maravillosos presuponen esta sociedad de clases, de modo análogo a como los dominios divinos transportados de la tierra al cielo y al infierno han de tener como fundamento estructuras estatales de carácter real. La argumentación a este desacuerdo está en que, si bien es difícil documentar con pruebas arqueológicas la existencia de los míticos seres en etapas sociales previas a las culturas egipcia, mesopotámica, griega clásica, o china, es decir, 3000 años antes de nuestra era, es también difícil no pensar que el reino de la imaginación, que es colindante y contemporáneo con el de la conciencia misma del hombre, no se haya manifestado antes, aun cuando no quedara testimonio rastreable en la historia.

La inevitable clasificación. Mode clasifica en tres grandes grupos a estos seres fabulosos y demonios; el primero constituido por seres ligados a un concepto concreto en varias culturas. Como ejemplos de éstos da el grifo, el centauro, el unicornio, la esfinge y el dragón, figuras todas relacionadas con las epopeyas clásicas. El segundo grupo caracterizado, por ejemplo, por los símbolos de los Evangelistas: toros y leones alados o motivos heráldicos como águilas bicéfalas. Por último, el grupo más grande y rico en formas monstruosas que ha tenido representación a todo lo largo de la historia: desde los que aparecen esculpidos en los capiteles medievales, pasando por la iconografía de Hieronymus Bosch, Goya y Kubin, y yo agregaría a esta lista de pintores los nombres de Remedios Varo y Francisco Toledo, por citar dos autores mexicanos contemporáneos que han recurrido a los seres fantásticos y a las quimeras como *leitmotiv* de su obra. En el ámbito de la literatura, sin duda, es Jorge Luis Borges con su *Manual de Zoología Fantástica*, quien





abreva en la quimera clásica para darle origen, y gracias a la alquimia de su pluma reinventa y crea la fantástica condición fantástica.

Regresando a los *Animales Fabulosos y Demonios* de Mode, éste divide la clasificación antes citada en cinco categorías: I) Monstruos con cuerpo humano o cuerpo animal en actitud decididamente humana, como demonios, ángeles, minotauros y sátiros. II) Monstruos de cuerpo animal y actitud decididamente animal, con cabeza humana, representados por la esfinge, el centauro y los sirénidos. III) Monstruos de cuerpo y cabeza animales de diversas clases u otros rasgos animales añadidos. Se encuentran en esta categoría el grifo, el dragón, el pegaso y los animales mixtos. IV) Combinaciones de monstruos multiplicadas y simplificadas, con varias cabezas o cuerpos de diversos animales incluyendo al hombre y las simplificaciones como el caso de los ciclopes. V) Ésta es la categoría más pequeña en número, pero la más interesante, al decir de Mode. En ella se ha dado figura humana o animal a acontecimientos u objetos naturales, por ejemplo: hombres-montaña, hombres-agua, hombres-árbol, barcos con figura humana o animal.

No pocos hombres ilustrados y de ciencia en los albores del Medievo, y aun después, trataron de encontrar pruebas tangibles (hoy en día diríamos científicas) de la existencia de algunos de los fenómenos aludidos, me refiero específicamente a sus esqueletos. Al respecto he de decir que en mi recorrido por la magnífica exposición de Remedios Varo, realizada recientemente en el Museo de Arte Moderno de la Ciudad de México, me encontré con un pedestal rematado con un capelo en el que se mostraban los restos óseos de lo que en vida fue un ser fantástico y maravilloso, no de grandes dimensiones, pues cuenta con unos treinta o treinta y cinco centímetros de alto; su medio de locomoción es una rueda formada de ocho radios de huesecillos largos que se articulan a una cadena de huesos cortos y espiculares, que en su conjunto hacen una circunferencia de rodamiento. Las extremidades superiores se encuentran adosadas a lo que parece el sistema de control de movimiento; el cráneo presenta unas grandes cuencas por lo que se infiere fácilmente el tamaño de los ojos; también está dotado de un pico del cual se servía, en vida, para dar cuenta de pequeños frutos en forma de corazón de los que extraía una materia luminiscente que produce, hasta la fecha, un resplandor que emana de sus huesos cuando la sala del museo se apaga por las noches (comunicación personal del empleado de seguridad de la sala). Junto a la base del pedestal me encontré un grabado antiguo con un hombre vencido por el cansancio reclinado sobre el escritorio; de su cabeza se desprenden un sinnúmero de quimeras voladoras y demoniacas formas, finalmente en un recuadro se alcanza a leer: "el sueño de la razón produce monstruos".

Francisco Pellicer

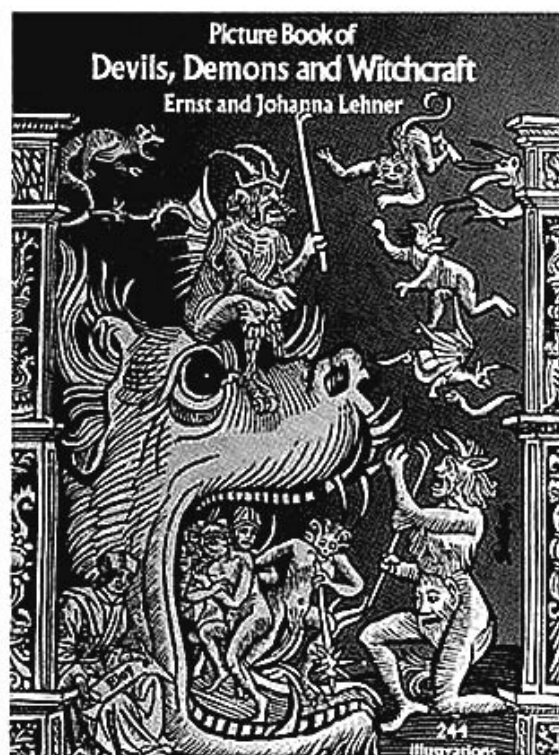
## RETRATOS DE DIABLOS, DEMONIOS Y BRUJERÍAS

ERNST Y JOHANNA LEHNER  
Dover Publications Inc., 1971.

Tener como oficio soñar con los seres fabulosos y encontrarse de repente cara a cara con Belphegor, Asmodeo, Belzebú, Behemoth, demonios mercuriales de filosofías alquimistas, sátiros, hobgoblins, diablos espurios seduciendo deidades y ser identificado por la lujuria de Baphomet, puede llegar a ser contraproducente si el individuo no está preparado para este tipo de sorpresas que emocionan y colocan en el limbo a la sensibilidad y por ende a la razón. Un libro suntuoso donde los arúspices y las hechiceras hacen armónicas sinfonías con las cortes luciferianas y otros entes anticelestiales. Ilustraciones en las que bien pueden danzar jinetes apocalípticos y brujas shakespearianas (Del acto IV, escena 1a. de Macbeth).

Las reproducciones de Durero, Holbein, el grabador alemán Lucas Cranach, el cuasianónimo pintor originario de Leyden, Harmenszoon van Rijn, conocido por todos nosotros como Rembrandt, y otros artistas que con su lado oscuro nos muestran la forma y la figura de cómo proyectar a partir del espíritu la inusitada imaginación con la cual el inconsciente y la tradición son capaces de plasmar una de las ideas metafísicas más perseguidas por el hombre a través de los siglos, es bellamente editada por Dover a través de doscientas cuarenta y cuatro ilustraciones recopiladas por un par de hermanos sajones de reconocido prestigio crítico en este tipo de manifestación artística. Los Lehner se recrean a través de los tiempos postdruidicos ilustrando en forma fascinante la historia de los siglos posteriores de amplia influencia medieval. Gozando de la genialidad del conocimiento en su área prefieren las representaciones de todo tipo de satanes y también referencias a la muerte según la cosmovisión egipcia, sin soslayar su atracción por el encanto de los conjuros.

El primer capítulo parte con dibujos desde Augsburgo en 1471 hechos por el Maestro Jacobo de Teramo, representando al demonio Belial, el único que hizo du-



dar al rey Salomón en sus sapientísimos veredictos. Diríase, ángel de muy mal carácter y procaz consejero. De entre sus doce capítulos, sobresale el dedicado a una conocida obra de Goethe. Así, de la clásica imprenta Goyer y Hermet (1828) de París, extractan una litografía de Eugène Delacroix en la que se puede observar claramente la interferencia amorosa de Mefistófeles entre Fausto y Margarita. En el capítulo dedicado a Lucifer, subliman al pintor Juan Bautista Medina en su interpretación alusiva al *Paraíso perdido* de John Milton (1688). Los cazabrujas que se entremezclan en macabras danzas con el fabuloso *Ars Moriendi* del Medioevo (copia del libro de 1471 de Augsburgo) son temas de varios capítulos.

Llama la atención la obra *Alfabeto de la muerte* de Hans

Holbein, el joven

—capaz de pintar a

Enrique VIII, en

tiempos que él mismo

enviaba a sus dilectísi-

mas esposas, al cadal-

so— puesto que recuérdese que

Holbein el viejo, —por sólo media cen-

turia— era influido por la escuela fla-

menca y el gótico alemán, quien no sabía

lo que era proyectarse en una bruja o en

demonios. Sin embargo, su homónimo, el

joven, pudo inscribir la mayoría de sus ideas

en el *Historiarum Veteris Testamenti* impreso

por Johan y Franciscus Fellon en Lyon hacia

1543. Asimismo, hay un capítulo en el que, a

través de políticas papales, se ha decidido refor-

mar las imágenes demoniacas y los artis-

tas, navegando inclementes en cada cen-

turia, han sabido expresar los diferentes

símbolos como ellos los conciben.

Es conmovedor contemplar una pin-

tura firmada por Alberto Durero, en la que

una bruja cabalga sobre Satanás, mientras éste

es espolcado por celestiales ángeles panzones.

Esto contrasta con un manuscrito de Urbano el

Grande, en el que se hace un pacto con las

fuerzas infernales que es contrafirmado por

Lucifer, Belzebú, Elimi, Leviathan, Asteroth y

Balbarith, grabado en Loudun en 1634.

Un libro para disfrutar en cada uno de los

trazos de sus inigualables ciento setenta y cua-

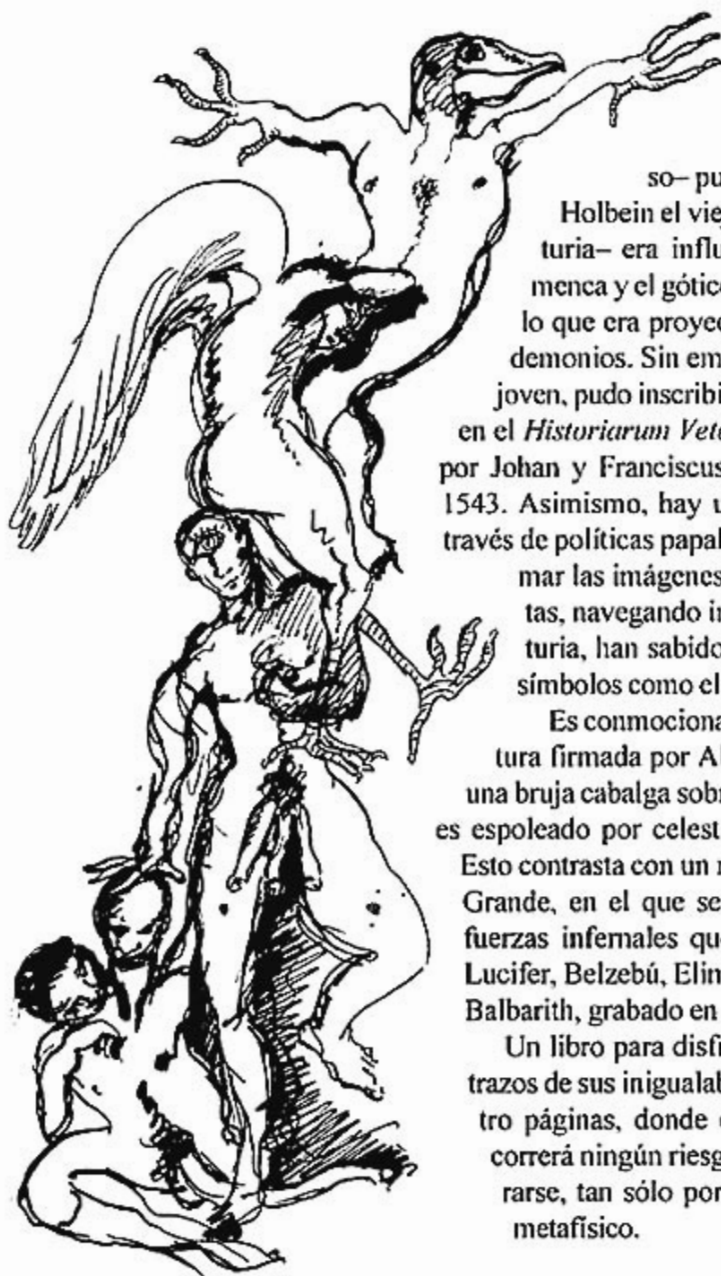
tro páginas, donde el lector-observador no

correrá ningún riesgo mayor que el conside-

rarse, tan sólo por un breve lapso, un ser

metafísico.

Yuri Germán Zambrano Rodríguez





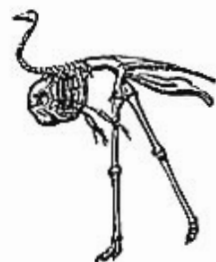
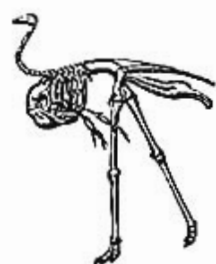
## MONSTRUOS Y PRODIGIOS

AMBROISE PARÉ\*

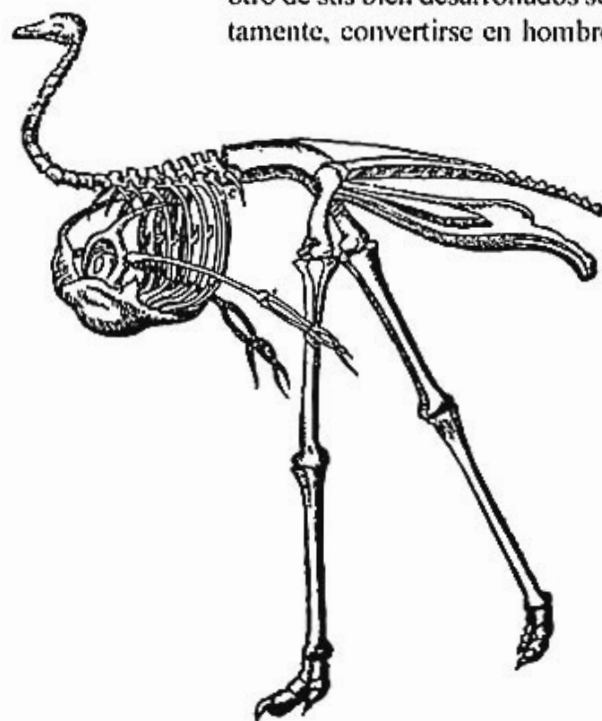
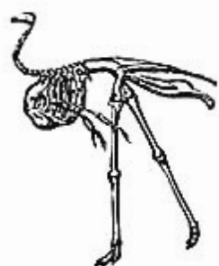
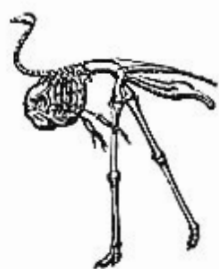
Editorial Siruela, Madrid, 1993.

La editorial Siruela ofrece, con la reedición de este texto de Paré, el acceso a una obra de excepcional interés. Son pocos los textos medievales y renacentistas que, como *Monstruos y Prodigios*, publicado en 1585, aborden un tema de tanto interés y de manera tan sucinta, precisa y ricamente fantástica. Este libro, magníficamente editado, es una lectura relevante para los interesados en la historia del pensamiento y, en particular, para aquéllos que se dedican a las ciencias naturales y de la salud. De hecho, se trata de un texto médico; su estructura general se diferencia poco de los actuales tratados de medicina interna. En él se explica la génesis de diversas monstruosidades, así como de algunos prodigios. Paré considera que existen trece elementos causales (etiológicos, en la jerga médica) del origen de diversas monstruosidades. Las causas de los monstruos —dice Paré— son varias. La primera es la gloria de Dios. La segunda su cólera. Tercera, la cantidad excesiva de semen. Cuarta, su cantidad insuficiente. Quinta, la imaginación. Sexta, la estrechez o reducido tamaño de la matriz. Séptima, el modo inadecuado de sentarse de la madre, que, al hallarse encinta, ha permanecido demasiado tiempo sentada con los muslos cruzados u oprimidos contra el vientre. Octava, por caída, o golpes asestados contra el vientre de la madre, hallándose ésta esperando un niño. Novena, debido a enfermedades hereditarias o accidentales. Décima, por podredumbre o corrupción del semen. Undécima, por confusión o mezcla de semen. Duodécima, debido a engaño de los malvados mendigos itinerantes. Y decimotercera, por los demonios o diablos. *Monstruos y Prodigios* es estrictamente un texto de ciencia; en él se estudia cómo cada uno de los trece factores causales, arriba mencionados, determina diversas y características monstruosidades, “cosas muy horribles de mirar”.

El barbero Ambroise Paré (1510-1590) llegó a ser el más ilustre cirujano de su época; gran innovador, dio siempre muestras de especial libertad y capacidad creativa, poniendo en duda muchos de los métodos y creencias de sus colegas. Médico de reyes, fue llamado para atender a Enrique II, rey de Francia, quien en duelo amistoso cayó herido mortalmente por una lanza que, resbalando por la parte externa de su armadura, desplazó la visera, penetrándole por el ojo. Paré planeó y practicó, en la cabeza de algunos ajusticiados, una posible intervención qui-



\* Las obras completas de Ambroise Paré se encuentran disponibles en la biblioteca José María Lafragua de la Universidad Autónoma de Puebla.



rúrgica destinada a extraer el fragmento de lanza cuya punta alcanzaba a asomar por la oreja real. Decidió no intervenir: Enrique II moriría dos días después del incidente. Este acontecimiento da idea del vuelo intelectual de este hombre, considerado uno de los fundadores de la obstetricia y de la cirugía.

Sin embargo, así como hoy existen escritores que ensalzan su obra llamándolo "padre de la cirugía moderna", o destacan su "sensibilidad de hombre generoso, compasivo, justo, pacífico, fraterno", también los hay quienes, desde una posición contraria, lo denuncian como un "naturalista de ocasión", "aficionado de cultura clásica nula" (pues no hablaba correctamente el latín); así como también lo acusan de plagio por no declarar las fuentes que utilizaba en sus escritos. Delaunay piensa que la incapacidad de Paré es atribuible a su formación en una época de "dogmatismo libresco", y que deberá esperarse a Bacon, Descartes y los enciclopedistas para "arrancar las ciencias naturales al dominio de lo oculto y del finalismo, e instaurar por fin el reino de la experiencia".

Pero como apunta Malaxecheverría en la introducción de este libro: "es fácil reprochar a Paré lo que no son sino defectos de su época, y lamentar en su obra carencias inevitables, desde la óptica orgullosa de quien escribe tres siglos después, envuelto en la soberbia del ciencismo".

Es su curiosidad maravillada, su fascinación ante lo insólito lo que permitirá a Ambroise Paré en su obra *Monstruos y Prodigios* dar rienda suelta a su imaginación, describiendo algunos seres que resultan del uso excesivo que hace de descripciones y cuentos que ha oído aquí y allá. La fantasía, el mito y la realidad se funden generando un desfile de sorpresa y horror, donde los hermafroditas pueden usar y abusar de uno u otro de sus bien desarrollados sexos, las mujeres pueden, súbitamente, convertirse en hombres y un niño puede nacer con

rostro de rana o cuerpo de animal, según afecten su desarrollo los diferentes factores causales. El traductor de esta obra, Ignacio Malaxecheverría, resume la esencia de la misma cuando anota: "... lo prodigioso fue antaño lo real, no siendo los recursos inventivos de la naturaleza inferiores en nada a los del hombre."

Enrique Soto Eguibar

## INSTRUCCIONES

*Elementos* se publica bajo los auspicios de la Vicerrectoría de Investigación y Estudios de Postgrado de la Universidad Autónoma de Puebla. Entre sus objetivos destaca el servir como vehículo de comunicación entre la comunidad científica y los estudiantes del nivel medio superior y superior, así como el público en general.

Los artículos que se sometan a consideración editorial de la revista deberán enviarse en original y dos copias a:

**Revista Elementos**  
**Dr. Enrique Soto**  
**Universidad Autónoma de Puebla**  
**14 Sur 6301, CU**  
**Apartado Postal 406, cp 72000**  
**Puebla, Pue.**  
**Tel (22) 44 16 57 Fax (22) 33 45 11**

Todos los artículos serán evaluados por especialistas en la disciplina, de acuerdo con los criterios establecidos por el consejo editorial.

Los manuscritos deberán ajustarse a las siguientes normas:

1.- El material deberá presentarse con un lenguaje claro y sencillo; conviene evitar el uso de términos técnicos especializados. Cuando éstos sean indispensables, deberá explicarse su significado en una nota. Se recomienda el uso de figuras ilustrativas y cuadros que permitan sintetizar y aclarar conceptos relevantes o difíciles. Los artículos deberán ser breves, con un máximo de 16 cuartillas, de preferencia 10. Se recomienda usar subtítulos e incisos a fin de facilitar la lectura.

2.- Las referencias en el texto se indicarán por un número de acuerdo al orden en que aparecen. Debido al carácter de la revista, deberán incluirse sólo referencias a trabajos particularmente relevantes sobre el tema en cuestión. Al final del texto, la lista de referencias deberá asentarse como sigue: Autores con sus iniciales, título del trabajo, revista o libro de donde procede, volumen, año y páginas (se evitarán las abreviaturas, especialmente en publicaciones en idioma distinto al español)

### Ejemplos

En el caso de artículos en revistas:

Sánchez-Sandoval, A., González, E. y Elizalde, M.P., Mendelev, ¿un científico romántico o clásico?, *Elementos*, Vol. 2, 1990, pp. 49-58.

En el caso de artículos en libros:

Bunge, M., La bancarrota del dualismo psico-neural, en *La conciencia*, Editor Fernández Guardiola, A., Trillas, México, D.F., 1979, pp. 71-84.

En el caso de libros:

Chalmers, A.F., *¿Qué es esa cosa llamada ciencia?*, Siglo Veintiuno, México, D.F., 1989.

3.- Las figuras, fotografías o gráficas deberán presentarse en papel brillante o en forma de dibujos a tinta china sobre papel albanene. Al preparar las figuras deberá tenerse en consideración que comúnmente éstas se reducen de tamaño, por ello, la simbología deberá ser clara y diferenciable.

Al final del texto deberán incluirse los pies de figura. No deberán incluirse figuras a las que no se haga referencia en el texto o figuras sin su correspondiente leyenda al pie.

En lo posible deberá evitarse el uso de materiales previamente publicados. Sin embargo, cuando ello se considere indispensable, será responsabilidad del autor obtener los permisos necesarios para su reproducción.

4.- Deberá especificarse la institución donde trabajan cada uno de los autores, e información sobre el domicilio y teléfono del autor responsable.

5.- En caso de que se haya usado un procesador de textos computarizado, se solicita enviar el disco con el texto, indicando el procesador que se utilizó.

## GUILLERMO SIENRA

Nació en México, D.F., el 10 de octubre de 1953. Es Doctor en Matemáticas (Universidad de Southampton, Inglaterra, 1982); estudió artes plásticas en el College of Arts (Kensington, Londres, 1980).



Encontramos en la pintura de Guillermo Sienra una explosión de color, la penetración a base de empastados y texturas, aplicados en orden y desorden, manteniendo siempre el rigor de la composición.

La pintura de Sienra es pintura del cuerpo. Es el juego de la búsqueda el que él nos ofrece. En lo suyo poco cuenta la fórmula que se repite, ya que a Sienra los cuerpos no le son dados de antemano, pues tiene que construirlos en el acto de pintar; lo que le importa es experimentar su variedad energética o pulsional en el plano de la forma. Los verbos de esta experiencia podrían resumirse así: variar, combinar, poner y suprimir, reconocer. Por tanto es casi siempre en estado de composición/descomposición como las representaciones de Sienra atestiguan y ejercen la plasticidad.

Jorge Juanes





TRATADO DE LAS NINFAS, LOS SILFOS,  
LOS PIGMEOS, LAS SALAMANDRAS  
Y OTROS SERES

*Paracelso*

¿PARA QUÉ LOS MONSTRUOS?

*Raúl Dorra*

SOBRE LOS MONSTRUOS

*Conde de Buffon*

EL ROSTRO DEL DIABLO

*Ligia Rivera Domínguez*

LA ESFINGE

*Edgar Allan Poe*

VIEJOS Y NUEVOS MONSTRUOS

*Julio Glockner*

LOS FANTASMAS DE SIEN-T'ANG

*P'u Sung-Lin*

¿CÓMO BAUTIZAR MONSTRUOS?

*Luisa Ruiz Moreno*

LA MAMAURA

*Idolina Velázquez*

DE LA NORMALIDAD

*E. Olluc*

